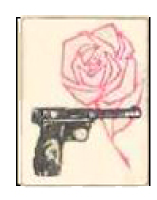


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Entrenamiento total

La vida del espía es de por sí peligrosa y misteriosa; se diría que llega un momento en que ya no es posible sorprenderlo ni inquietarlo. Pues bien, sí es posible. Para empezar, todos los habitantes de una pequeña localidad de California, se esfuman como humo: no queda ni rastro de esas 400 personas, que desaparecen de sus casas y negocios dejando el pueblo vacío pero con los televisores, radios, y toda clase de aparatos eléctricos en marcha. Misterioso a más no poder.



Lou Carrigan

Entrenamiento total

Brigitte en acción - 362

ePub r1.1
Titivillus 21.11.2017

Lou Carrigan, 1984
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

—O sea —se pasmó finalmente Frank Minello, tras escuchar las explicaciones de Brigitte—, que sales detrás de un traidor vulgar y corriente que ha robado una formulita llamada Mistowen, y te encuentras entre las manos un asunto de gran envergadura… ¡No sé cómo te las arreglas para complicarte siempre la vida!

—En realidad tuve suerte, Frankie.

—¡Eso ya lo sé, tú siempre tienes suerte! ¡Pero no me digas que no es fantástico todo eso! Apenas llegar de Europa te metes en el asunto de las delicias chinas, y luego en lo del traidor.

—Lo de las delicias chinas tuve que hacerlo. Pero llegué un poco cansada de Europa, y lo del traidor quise evitármelo haciendo que él mismo recuperase el Mistowen… ¡Casi todo lo hizo él!

—Pero no lo de las delicias chinas[1]. De todos modos, eres diabólica. ¡Mira que utilizar a un traidor para que él mismo resuelva el problema que había creado!

—Cosas del espionaje —sonrió Brigitte—. Pero ahora sí voy a tomarme unos días de descanso…

—¡No me hagas reír! ¡Te apuesto cinco dólares a que no te dejarán descansar! ¡Zambomba, la CIA no sabe hacer nada sin ti, son unos gandules!

—Pues tú no te matas trabajando —rió ahora la periodista y espía.

—Mujer, verás… Eso de trabajar se ha hecho para la gente inteligente, ¡y como yo soy tonto…!

—Lo que eres tú es un granuja —rió de nuevo Brigitte.

—Pues una cosa no encaja con la otra, porque para ser granuja hay que ser listo.

—No sé, no sé… En mi opinión, los listos no cometen la equivocación de ser granujas.

Frank Minello se quedó unos segundos reflexionando sobre esto,

mientras Brigitte lo miraba afectuosamente. Como siempre, estaban ambos en el salón del apartamento de Brigitte, en el piso veintisiete del Crystal Building, en la Quinta Avenida neoyorquina. Como siempre también, Brigitte estaba sentada en el centro del amplio sofá, y Minello ante ella, en un sillón desde el cual contemplaba el más bello espectáculo del mundo a sus anchas. Y ese bello espectáculo era precisamente la propia Brigitte.

Divina, como siempre. Ataviada con una elegantísima bata vaporosa, sueltos sus negros cabellos suavemente ondulados, maravillosos sus grandes ojos azules, sonriente su boca sonrosada, magnífico su cuerpo esbelto, no podía haber nada en el mundo que complaciese más el sentido estético de Frank Minello…, el cual, cuando dejaban de hablar de espionaje se esforzaba en olvidar que, además de la más famosa periodista del mundo, Brigitte era la agente «Baby» de la CIA, la más peligrosa y astuta espía del mundo…

—Quizá tengas razón —admitió por fin Minello tras sus reflexiones—, pero no es ningún negocio ser un granuja listo, la verdad.

—¿Por qué?

—¡Zambomba, porque si yo fuese un granuja no sería amigo tuyo, sino que vendrías a fastidiarme! ¡Así que prefiero no ser un granuja, aunque sea tonto!

—Pues todo es al revés —rió una vez más Brigitte—, eres un granuja y no eres tonto. Sólo que tus granujerías son simpáticas. Por ejemplo, ese modo que tienes de mirar mi escote, es de granuja.

—Pero mirar tu escote no es de tonto —sonrió Minello—. Lo que pasa…

Los dos miraron sobresaltados hacia la puerta que comunicaba el salón con las dependencias del servicio, de donde llegó corriendo Peggy, el ama de llaves de Brigitte. Apareció con los ojos muy abiertos, diciendo cosas que ninguno de los dos pudo entender.

—¿Qué dices? —exclamó Minello—. ¿Que hay fantasmas aquí?

—¡Señorita… la radio! —exclamó Peggy—. ¡La radio! ¡Y también lo están diciendo por televisión!

—¿Están diciendo por televisión que hay fantasmas aquí? —Se pasmó Frankie.

Brigitte no perdió el tiempo en tonterías. Se puso en pie, se

acercó al televisor, y lo encendió. Casi en el acto apareció la imagen de un conocido locutor de noticias.

—… completamente vacío, abandonado. La Policía, el FBI y varios coches de la Patrulla de Caminos californiana se han reunido en Golden Shores con vistas a aclarar el sorprendente misterio de esta desaparición masiva. Golden Shores, la pequeña localidad de la costa californiana, situada al sur de Santa Ana, es ahora un pueblo fantasma…

—Pero… ¿qué está diciendo este tipo? —masculló Minello.

—¡Han desaparecido todos los habitantes de Golden Shores!

Frankie se quedó mirando estupefacto a Peggy, mientras Brigitte seguía prestando toda su atención a la noticia.

—… inexplicable. Ni más ni menos que trescientas dieciséis personas, es decir, todos, absolutamente todos los habitantes de Golden Shores, han desaparecido de esta localidad. El hecho es tan sorprendente que las autoridades que de momento intervienen en el caso se hallan completamente desconcertadas. No hay señales de violencia en Golden Shores, nadie ha visto a sus habitantes, nadie sabe nada. Es, simplemente, un pueblo fantasma, al parecer abandonado súbitamente por todos sus habitantes, ya que se han encontrado funcionando aparatos electrodomésticos y diversos servicios en varios puntos de la localidad…

—¡Pero esto es absurdo! —exclamó Minello—. ¿Cómo demonios van a desaparecer trescientas dieciséis personas? ¡En alguna parte deben de estar!

—… y lo más curioso del caso es que nadie ha visto a ninguno de los habitantes de Golden Shores en parte alguna. Talmente como si se hubieran convertido en humo. Hasta el momento, parece que la Policía y el FBI están recabando datos del automovilista que al llegar a Golden Shores lo encontró vacío, y que fue quien, sorprendido, llamó a la Policía, a Santa Ana, ya que los servicios policiales de Golden Shores también han desaparecido. No queda, pues, en esta localidad, ni siquiera la Policía. Y esto es todo por el momento. Seguiremos informando sobre tan extraordinario caso ocurrido en California, en Golden Shores.

La imagen del locutor desapareció, apareció el distintivo de la emisora a la que pertenecía, y acto seguido el anuncio de un documental. Brigitte le hizo un gesto a Peggy, y ésta apagó el

televisor.

—¡Zambomba! —No salía de su pasmo Minello—. ¿Qué clase de tomadura de pelo es ésta? ¡Me gustaría saber qué ha pasado!

Brigitte estaba ya marcando un número en el teléfono. La respuesta fue inmediata.

—¿…?

—Simón, soy yo —murmuró Brigitte—. ¿Qué ha ocurrido exactamente en Golden Shores, California?

—¡…!

—Ya. ¿Está el señor Pitzer ahí? Sí, espero.

Minello miraba expectante a Brigitte. Sabía a quién había llamado ésta: a la floristería donde Charles Alan Pitzer y su ayudante directo, Simón-Floristería, como le llamaba Brigitte, tenían instalados los servicios centrales del Sector New York de la CIA.

—Sí, señor Pitzer —dijo de pronto Brigitte—, dígame.

—¿Nada? ¿Ni siquiera usted?

—Bueno, supongo que ya se le ha ocurrido a usted la idea de llamar a sus amigos de Washington para recabar información.

—Sí, comprendo. Esperaré. Gracias… —Colgó, y miró a Minello —. Tío Charlie dice que él no sabe nada, pero que ha escuchado la noticia, y naturalmente ya ha pedido información a la Central.

—Bueno, ya han dicho por televisión que ni siquiera el FBI sabe nada —murmuró Minello.

—Una cosa es lo que digan las noticias y otra cosa es lo que diga la CIA, Frankie.

—Sí, claro…

El teléfono sonó. Los tres lo miraron asombrados. Era imposible que Pitzer hubiese conseguido ya comunicación e informes procedentes de la Central. La propia Brigitte contestó.

—¿Sí?

—¡…!

—Ah, Miky, querido… ¿Qué tal?

—¡…!

—Me estoy interesando en ello, precisamente, y espero saber algo en breve.

—¡…!

—Sí, ya supongo que los teletipos de todo el mundo están

difundiendo la noticia… ¿Qué?

—Quizá lo haga. Miky, voy a colgar, porque precisamente espero noticias del señor Pitzer. Ya le llamaré yo cuando sepa algo.

De nuevo colgó. Minello soltó un bufido.

—¡Ese ogro! —masculló—. ¿Qué quería?

—No es un ogro —sonrió Brigitte—, sino nuestro amado jefe en el Morning News, periódico que, si no lo has olvidado, es el que paga nuestros gastos y la formidable vida que llevamos, Frank.

—Bueno, pero ¿qué quería el ogro gruñón?

—Ha sugerido la idea de que yo me traslade a Golden Shores para cubrir periodísticamente la noticia.

—¡Ah, pues si tú vas a Golden Shores yo también voy!

—¿Tú? ¿Por qué?

—¡Zambomba, porque también yo soy periodista!

—Pero eres periodista deportivo, Frankie, no un comentarista político o social… ¡Éste sí tiene que ser tío Charlie!

El teléfono había vuelto a sonar, y de nuevo atendió la llamada Brigitte. En efecto, era Charles Alan Pitzer. Brigitte estuvo unos segundos hablando con él. Cuando colgó, Minello y Peggy estaban ya al corriente de que, por el momento, la CIA no tenía la menor idea de lo que había podido ocurrir en Golden Shores.

Brigitte colgó lentamente el auricular, y quedó pensativa, hasta que Minello, impaciente, refunfuñó:

—Bueno, ¿nos vamos o no nos vamos a Golden Shores? ¡Ya sé bastantes palabras de ruso! ¿Recuerdas que me pusiste como condición que hablase ruso si quería acompañarte alguna vez?

—Sí, claro. Pero… ¿qué tiene que ver que sepas ruso con lo sucedido en Golden Shores?

—¡Zambomba, pues que eso tiene que ser cosa de los rusos!

—Vamos, Frankie, no digas tonterías.

—¡Seguro que han sido los rusos! ¿O tal vez los chinos? Bueno, quien haya sido el causante de esto se ha complicado la vida, porque tú vas a ir allá, ¿eh? ¡Y seguro que si tú intervienes la cosa acaba siendo algo importante…! ¿Vas a ir? ¿Vamos a ir?

—De acuerdo —sonrió Brigitte—. Peggy, consíguenos dos pasajes en avión para California en el primer avión que aterrice en Los Ángeles…

—¡Yuuupppiiiíiii…! —aulló Minello, dando un salto.

* * *

El avión procedente de Nueva York llegó a Los Ángeles a las nueve y media de la mañana. En el mismo aeropuerto de Los Ángeles, la señorita Montfort y el señor Minello alquilaron un automóvil, con el que partieron hacia el sur. Cada uno de ellos llevaba sólo una maleta, y Brigitte su maletín rojo con florecillas azules estampadas. El día primaveral era hermoso, y el sol hacía refulgir las aguas del Pacífico, a la derecha de la marcha del coche.

Eran casi las once de la mañana cuando dejaban atrás la localidad de Long Beach. Poco después, Santa Ana.

Y finalmente, cerca de las once y media, Minello tuvo que detener el coche ante un control instalado en la carretera por la Patrulla de Caminos. Un motorista se acercó al coche, y se inclinó hacia la ventanilla para hablar con Minello. Entonces vio bien a Brigitte, al otro lado, y quedó estupefacto. Minello farfulló algo, y el hombre lo miró como saliendo de un sueño.

—Bueno, ¿qué pasa? —requirió Frankie.

—Sin duda ha visto usted, señor, la señal de desvío a trescientos metros de aquí —dijo el motorista—. Lo siento, pero tendrán que dar media vuelta y tomar el desvío indicado.

—No señor, no haremos eso. ¡Nosotros vamos a Golden Shores!

—Ya, ya. Mire, señor, lo siento, pero mis órdenes… Perdone —volvió a mirar a Brigitte el motorista—: ¿no es usted la señorita Montfort, de Nueva York?

—Así es —sonrió Brigitte.

—¡Caramba! ¡Casi podría haber sido usted mi Presidenta, señorita Montfort[2]!

—Pero no lo soy —dijo amablemente Brigitte—, de modo que si tiene usted órdenes de impedir el paso a todo el mundo…

—A todo el mundo, no. Algunas personas están autorizadas a pasar, y aunque usted no ha sido mencionada expresamente… Bueno, ¿me permite que llame un momento por la radio?

—Naturalmente. Es usted muy amable.

Cinco minutos más tarde, el patrullero regresaba sonriente junto al coche, y se inclinaba de nuevo para mirar a Brigitte.

—Por cortesía especial del FBI puede usted llegar hasta el mismísimo límite de Golden Shores. ¡Y yo voy a tener el grandísimo

placer de abrirle camino!

—Muchísimas gracias. Le seguimos.

—¿Su acompañante también? —vaciló el hombre.

—No sabría hacer nada sin él —sonrió Brigitte.

El patrullero asintió, fue de nuevo a su motocicleta, y la puso en marcha. Tras él, el coche conducido por Frank cruzó el control.

—Oye, ¿es verdad eso? —preguntó Minello.

—¿El qué?

—¡Que no sabrías hacer nada sin mí!

—No, no es verdad. Es mentira. Pero ya sabes que los espías mentimos siempre, Frankie.

—¡Pues vaya un asco!

Brigitte se echó a reír. Procedente de Golden Shores, que ya se divisaba junto al mar, llegó un coche patrullero, que dejó pasar el de Brigitte y se colocó detrás. Medio minuto más tarde, el coche tuvo que detenerse ante otro control, donde había reunidas no menos de cien personas de paisano, la mayoría provistas de cámara fotográfica, que apercibieron hacia el coche recién llegado.

—Ahí tenemos a nuestros colegas —sonrió Brigitte—. Se van a llevar una decepción cuando vean que sólo somos tú y yo.

—Pues no sé a quién más podían esperar… ¡No hay nadie en el mundo más importante que tú!

—Te adoro, Frankie.

Éste iba a contestar, pero el hombre de paisano que acababa de cruzar el control llegó junto al coche, y abrió la portezuela de Brigitte, la cual se apeó, mirando al desconocido, un sujeto alto y recio, de cara un tanto avinagrada, pero inteligente.

—Señorita Montfort, soy Malcom Graves, del FBI. Me debe usted un favor.

—¿Es usted quien ha autorizado mi presencia aquí?

—En efecto. Y como supongo que querrá usted entrar en el pueblo, he pedido también esa autorización. Pero si la conseguimos voy a tener problemas.

Brigitte asintió. Sabía a qué se refería el agente del FBI con jefatura en el caso: los demás periodistas, que estaban tomando fotografías, querrían también pasar. Todos habían reconocido ya a Brigitte Montfort, y sabían de su gran categoría en todos los aspectos, pero ello no le daba más derechos que a los demás

profesionales.

—Procuraremos evitarlos —dijo Brigitte—. Supongo que no tardando mucho se autorizará a la prensa en general a llegarse al pueblo para tomar fotografías.

—Eso esperamos.

—Entonces, esperaré con los demás.

—Oh, bueno, no hace falta que usted… Quiero decir que si llega la autorización especial para usted, no tendrá por qué esperar.

Brigitte meditó unos segundos sobre sus posibilidades. Por supuesto, la Policía y el FBI estaban examinando Golden Shores, buscando algún indicio, alguna aclaración del extraordinario acontecimiento, y lo que no encontrasen ellos con sus equipos no lo iba a encontrar ella a simple vista. Así que no valía la pena molestar a nadie utilizando privilegios.

—Me parece que voy a esperar con mis colegas —dijo—, y así le evito a usted problemas. Sin embargo, sí voy a pedirle un favor especial… y secreto: vea de comunicarse con el inspector especial Clarence Hadaway, en Washington, y dígale simplemente que yo estoy aquí.

—¿El señor Hadaway es amigo personal de usted? —murmuró el hombre.

—Así es.

—Conseguiré esa comunicación.

—Gracias.

El agente del FBI se alejó hacia el pueblo, donde se veían no menos de quince coches entre policiales con distintivo y los del FBI. Brigitte fue asediada por sus colegas, que sabían de su gran eficacia periodística. Había cámaras de televisión por todas partes…

* * *

El rostro de la señorita Brigitte Montfort apareció en la pantalla, y el hombre que estaba viendo televisión se irguió vivamente, casi atragantándose con la cerveza que estaba bebiendo.

—Es hermosísima —murmuró.

Se relajó, y continuó bebiendo cerveza y contemplando el programa ininterrumpido de la televisión. Hasta aquel momento, las pantallas habían estado mostrando imágenes de Golden Shores

conseguidas con teleobjetivo, y las llegadas o idas y venidas de algunos personajes más o menos famosos de la Policía en general, pero el hombre no había hecho mucho caso. Simplemente, miraba la televisión como si no tuviese otra cosa mejor que hacer. Pero la aparición de Brigitte disipó su indiferencia, su casi aburrimiento.

—Preciosa… ¡Preciosa! Y en efecto, parece muy inteligente… ¡Una mujer única, sin duda!

La señorita Montfort estaba contestando a preguntas de los empleados de la televisión y de algunos colegas. El hombre escuchaba sus respuestas, sonriendo. ¿Qué esperaban que supiera la señorita Montfort?

—… de verdad —decía ésta—. Simplemente, estaba en casa, en Nueva York, y cuando me enteré de lo ocurrido decidí venir, con mi amigo Frank Minello. Eso es todo. Realmente, tendríamos que ser nosotros quienes les hiciésemos preguntas a ustedes.

Se oyeron risas. El hombre que miraba la televisión parecía encantado de la vida viendo a Brigitte. El rostro de su amigo, el tal Minello, apareció también en la pantalla.

—Tiene cara de sinvergüenza —sonrió el solitario telespectador.

Dejó el bote de cerveza sobre una mesita sobre la cual tenía los pies, calzados con zapatillas de tenis. Era un hombre alto y atlético, de unos treinta y cinco años, pelirrojo, pecoso, muy atractivo. Resultaba encantador, muy simpático, con su gran acumulación de pecas justamente en la nariz. Su boca grande se estiraba en una sonrisa mientras escuchaba de nuevo a Brigitte Montfort. Cuando ésta dejó de estar en imagen el atractivo atleta se aburrió definitivamente del programa, y apagó el televisor.

Capítulo II

El agente del FBI Malcom Graves regresó al control de la entrada del pueblo apenas una hora más tarde, y se dirigió hacia el coche de Brigitte, que ocupaba el asiento de atrás, consumiendo un bocadillo con cerveza.

—¿Puedo entrar? —preguntó Graves.

—Naturalmente.

El hombre del FBI se sentó junto a Brigitte, mirándola con más respeto y admiración si era posible.

—El señor Hadaway[3] desea saber si usted solicita su presencia aquí, y en todo caso me ha ordenado que me ponga a su completa disposición.

—Clarence es muy amable —sonrió Brigitte—. Y usted también, señor Graves. En cuanto al viaje del señor Hadaway, por mí que no se moleste, dígaselo así. Pero sí me gustaría que usted me informase exacta y fielmente de cómo están las cosas en el pueblo. ¿Han conseguido algo?

—Nada en absoluto. Todo es tan… normal, que parece como si esas trescientas personas se hubieran convertido en humo de repente. ¿Me comprende?

—Por supuesto. Pero todos sabemos que eso no es posible. Se han marchado del pueblo, eso es todo. Y han tenido que hacerlo de un modo normal: a pie, a caballo, en bicicleta, en motocicleta, en coche, en barco, en helicóptero… ¡En cualquier medio normal!

—Evidentemente. Pero ¿cómo saber cómo lo han hecho? El pueblo está lleno de coches, motocicletas y todo eso, lo que indica que han tenido que marcharse a pie. En el embarcadero están las lanchas, un par de yates… Había visitantes en Golden Shores, claro, y no podemos dudar que también han abandonado el pueblo. Calculamos que había entre setenta y noventa visitantes.

—Es decir, que han desaparecido un total de unas cuatrocientas

personas…, y no sabemos por qué ni cómo.

—Como usted comprenderá, hay huellas de toda clase por todas partes. Es imposible saber nada, en estas condiciones. ¡Ya le digo que es como si se hubieran esfumado! Sin embargo, hay algo que hasta ahora no hemos comentado con nadie, y las personas que fueron a hacer declaraciones en ese sentido están… retenidas.

—¿Retenidas? ¿Qué personas?

—Bueno, por ejemplo el automovilista que fue el primero en ver el pueblo vacío. Al parecer, llegó a la carretera utilizando un atajo poco menos que campo a través. Vive cerca de aquí, y suele utilizar ese atajo para ahorrarse un par de millas de carretera. Lo mismo él que las otras personas que están retenidas aseguran que vieron marines por las cercanías de Golden Shores.

—¿Marines?

—Sí.

—¿Quiere usted decir tropas de la US Navy, los famosos y… románticos marines?

—De ellos estoy hablando.

—Pero… Bueno, tal vez hubiera alguna maniobra naval… ¿Han llamado ustedes a la base naval de San Diego, por ejemplo?

—Claro. Nada de maniobras. Ni en el mar ni efectuando desembarcos. Además, esas cosas se avisan, se toman las medidas adecuadas…, bueno, todo eso. Simplemente, por los alrededores de Golden Shores fueron vistos bastantes marines impidiendo el paso a los vehículos de toda clase. Luego, desaparecieron, todo recuperó la normalidad…, y Golden Shores estaba vacío.

—¡Eso es imposible! ¡La Comandancia de San Diego tiene que saber algo al respecto!

—No.

—¿Cuántos marines fueron vistos?

—Hemos calculado que entre treinta y cincuenta.

—Treinta o cincuenta hombres uniformados, armados… ¿Armados? ¿Lo estaban?

—Desde luego. Equipo completo de desembarco.

Brigitte Baby Montfort estaba completamente desconcertada. Aquello no tenía sentido.

—Veamos, señor Graves —murmuró—, todo esto ha de tener a una explicación lógica, ¿no es cierto? ¿Qué teoría tienen ustedes al

respecto?

—La verdad: ninguna. No tenemos ninguna idea, lo siento.

—Pero… Bueno, supongamos que esos marines se hubieran llevado a cuatrocientas personas. Necesitaban un navío, ¿no le parece? Y ese navío tuvo que ser visto por estas aguas. O lanchas de desembarco… ¡Algo!

—Ninguna embarcación, grande o pequeña, de la US Navy fue vista por estas aguas. Sólo yates, pesqueros, lanchas, algún que otro transbordador…

—¿Pudo haberlos utilizado la Marina para llevarse a esas personas?

—Nos lo habrían dicho, naturalmente.

—Quiero decir que tal vez se propagó en Golden Shores alguna epidemia gravísima, y que las autoridades decidieron evitar el pánico…

—El FBI lo sabría, señorita Montfort. Y claro está, si usted no fuese amiga personal del señor Hadaway podríamos estar engañándola como al resto del público, pero usted merece todas las consideraciones del señor Hadaway, así que a usted se lo diríamos, rogándole discreción, un comportamiento normal como el de los demás periodistas… ¿Comprende?

—Sí, sí. En definitiva, no puede usted decirme nada en concreto.

—Absolutamente nada. Todo está normal en Golden Shores. Dentro de un par de horas autorizaremos a la prensa a entrar en el pueblo y tomar todas las fotografías y programas de televisión que quieran. Créame, es algo que me ha puesto los pelos de punta… ¡Nunca había ocurrido nada parecido!

—Desde luego que no.

—Bueno, si quiere usted entrar ahora en el pueblo, puede hacerlo. Los demás, dentro de un par de horas.

—No —murmuró Brigitte—… Esperaré. Y gracias por todo, señor Graves. Ah, una cosa: supongo que no dirán ustedes al resto de la prensa eso de los marines.

—Mientras podamos retener a las personas que los vieron, no diremos nada. Pero no podemos retener mucho más tiempo a esas personas, y en cuanto los dejemos marchar comenzarán a decirlo todo… Eso sin contar con que algunas de las personas que vieron a los marines no están controladas, y deben de estar hablando de ello

por ahí. La verdad es que estamos sorprendidos de que esa información todavía no haya trascendido a la prensa. Claro que sólo han aparecido los periódicos de la mañana… Seguro que en los de la tarde se hablará de esos marines.

—Me temo que será inevitable.

Malcom Graves asintió, preguntó a Brigitte si podía ayudarla en algo más, y ante la respuesta negativa salió del coche. En el acto entró Minello, sentándose junto a Brigitte.

—¿Qué te ha dicho?

Brigitte lo explicó punto por punto. Minello no salía de su pasmo. Todavía estaba boquiabierto cuando Brigitte terminó el relato de su conversación con Graves.

—Zambomba, qué cosa tan extraordinaria… ¡Quizá nosotros encontremos algo interesante en el pueblo!

—No digas tonterías, Frankie. Si no ha encontrado nada el FBI tampoco lo encontraremos nosotros.

—¿Y entonces qué vamos a hacer?

Tras unos segundos de reflexión, Brigitte abrió su maletín rojo con florecillas azules estampadas, y sacó el paquete de cigarrillos dentro del cual estaba camuflada la pequeña radio ya acondicionada a la onda de California Sur de la CIA. Apretó el botoncito de llamada, y una voz de hombre respondió en el acto:

—Adelante.

—Simón: ¿están cerca de Golden Shores?

Hubo un par de segundos de silencio. Luego, la voz del hombre sonó entre cautelosa y alegre:

—¿Baby? ¿Está usted aquí, en California?

—Dado el relativamente corto alcance de mi radio no podría llamar desde Washington, ¿verdad? —replicó Brigitte—. ¿Cuál es la respuesta a mi pregunta?

—Estamos cerca de Golden Shores, pero no intervenimos directamente. ¿O quiere usted que lo hagamos?

—No, no. De momento vamos a dejar el caso a la Policía y al FBI. Bueno, ¿qué está pasando?

—No tenemos ni idea. Naturalmente, hemos tomado posiciones y medidas de rastreo, pero hasta el momento no hemos descubierto nada de nada. Nos mantenemos a la expectativa, sin embargo… ¿Puede usted decirnos lo que ocurre?

—Claro que no.

—Mala suerte. Bueno, ¿toma usted el mando o seguimos actuando bajo las órdenes locales?

—Sigan las instrucciones del Sector, por ahora. Si cambio de idea, volveré a llamar. Y otra cosa, Simón: si llegan a descubrir algo quiero ser la primera en saberlo, y naturalmente no deberán tomar ninguna decisión sin consultarme.

—O sea —rió el agente de la CIA, que toma usted el mando del Sector.

—Pues… sí, lo tomo.

—Estupendo. ¿Algo más?

—Por ahora, no.

Brigitte Baby Montfort cerró la radio. Fuera del coche nadie se había percatado de que la señorita Montfort había estado hablando con un paquete de cigarrillos. Si alguien la vio, por supuesto debió de creer que conversaba con su amigo Minello.

Éste preguntó:

—¿Y ahora?

—Esperaremos ese par de horas y echaremos un vistazo al pueblo. Si no lo hiciéramos, nuestros colegas se sorprenderían tanto que nos complicarían la vida.

—Estoy seguro de que tú encontrarás algo especial.

Pero no.

La fe de Minello en Brigitte no se vio recompensada. A las cinco de la tarde, la televisión y todos los periodistas que hasta entonces habían esperado en el segundo control fueron autorizados a entrar en el pueblo, y se autorizó también la apertura del primer control. Con un relativo orden y cuidado, la prensa y la televisión iniciaron su trabajo en todos los aspectos. Era chocante ir de un lado a otro y ver las casas y los establecimientos públicos como si sus ocupantes hubieran salido hacía un minuto a realizar algún breve recado. En efecto, había radios y televisores en marcha, hornos encendidos, cafés ya consumidos, alguna radio de coche emitiendo música…

—Esto parece cosa de extraterrestres —gruñó Minello.

—Tal vez lo sea —sonrió Brigitte—: de marcianos.

—Puedes reírte lo que quieras, pero se dice que los extraterrestres se están llevando personas de nuestro planeta en sus enormes naves.

—Oh, Frankie, ¡por favor!

—¿No te gustaría que te llevasen en una nave a otro planeta?

—Ah, eso sí, naturalmente… Pero no es el caso.

—Pues entonces…, ¿qué demonios ha pasado aquí?

—Ya lo sabremos.

—¡¿Tienes alguna pista?!

—No.

—¡Pero has dicho…!

—He dicho que lo sabremos… tarde o temprano. Porque esto ha de tener una explicación, ¿no?

—Sí, pero… ¿cuál?

Brigitte, detenida en el centro de la calle mayor de Goldon Shores, que era a la vez la avenida o paseo marítimo, miró hacia el mar. En el embarcadero había barcas de pesca, lanchas, un par de yates… Todo tranquilo y normal.

—Hay una cosa básica que me gustaría saber antes de empezar a investigar en serio esto, Frankie —murmuró Brigitte.

—¿Qué cosa?

—Me gustaría saber si esas cuatrocientas personas se marcharon de aquí por su propia voluntad… o se las llevaron. Si se las llevaron, sólo podemos pensar que fueron los marines. Y si se fueron por su propia voluntad…, ¿por qué lo hicieron?

—Zambomba —se rascó la nuca Frankie—… ¡Zambomba, cuando te pones a hacer preguntas eres terrible!

—Claro que no. Esas preguntas deben de estar haciéndoselas todos.

—Pues yo no.

—En ese caso —lo miró expectante Brigitte—, tienes que estar haciéndote otra pregunta. Te conozco bien. ¿Cuál es esa pregunta, Frankie?

—En realidad, yo sólo me pregunto: ¿por qué?

—Ésa también es una buena pregunta —murmuró Brigitte—. Vamos a buscar un hotel cerca de aquí, o un motel.

—Lo del motel me gusta más —sonrió Minello—… ¡Y no me digas que tomaremos cabañas separadas!

—Pues lo siento —rió Brigitte—, ¡pero te lo digo! Bueno, vámonos.

—¡Ni siquiera hemos tomado todavía fotografías!

—Ya lo están haciendo nuestros colegas por nosotros, así que veremos todas las fotografías y programas de televisión que queramos. Vámonos.

Minutos más tarde se alejaban de Golden Shores en el coche. Cruzaron el primer control, llegando a la carretera no controlada. Un par de minutos más tarde vieron la indicación de un motel, el Golden Coast. Brigitte lo señaló, y Minello asintió…, mirando una vez más el espejo retrovisor.

—Me parece —murmuró— que nos está siguiendo un coche.

Brigitte volvió la cabeza, y, en efecto, a través del cristal zaguero vio el viejo Ford que circulaba a unos doscientos metros detrás.

Sin hacer comentario alguno abrió el maletín, sacó sus pequeños gemelos de teatro, y los graduó a la máxima distancia. Con ellos, volvió a mirar hacia el otro vehículo.

—¿Ves algo? —preguntó Minello.

—Parece que sólo va un hombre en ese coche, pero no lo veo bien, por los reflejos del parabrisas.

—¿Qué hago?

—Sigue hacia el motel. Seguramente es uno de los colegas que estaban en Golden Shores.

—¡Apostaría cualquier cosa a que es un ruso!

Brigitte suspiró, guardó los gemelos, y pareció desentenderse del otro coche. Llegaron al desvío del motel, y Minello metió el coche por el sendero de tierra bordeado de arbustos floridos. Brigitte se volvió… El otro coche pasó por delante del sendero, y continuó hacia Santa Ana.

—Pues lo siento —rió Brigitte—…, pero el ruso ha dejado de seguirnos, Frankie.

—Está disimulando —gruñó Minello—… ¡Esos rusos son endemoniadamente astutos!

—Y a propósito —lo miró vivamente Brigitte—, a partir de ahora, siempre que estemos solos tú y yo hablaremos en ruso. Tengo curiosidad por saber cuánto has aprendido.

—Ya sabía yo que acabarías amargándome el viaje —farfulló Frankie—… ¿Qué tiene de malo hablar en inglés? O en italiano, por ejemplo. Y hasta en español si quieres. O en…

—Frankie: en ruso. Y vamos a empezar ahora mismo. Escucha con atención —Brigitte habló en ruso ahora—: tú y yo vamos a

pedir una sola cabaña, amor mío, y después de cenar bailaremos un poco, nos besaremos, y luego… seré tuya toda la noche.

—*Okay* —farfulló de nuevo Minello, por supuesto en inglés—, nos alojaremos en cabañas separadas y no haré el tonto ni seré un pesado.

—Oh, Frankie —rió la divina—, ¡ya veo que has adelantado mucho en tus conocimientos del idioma ruso!

—¿Verdad que sí? —Se pasmó Minello—. ¡Soy todo un polígono!

—¿Un qué? —Se pasmó ahora Brigitte.

—¡Un polígono, mujer! ¡Uno de esos que hablan varios idiomas!

—¡Querrás decir un políglota!

—¡Atiza, zambomba, demontres…! ¡Entonces… ¿qué es un polígono?!

—Pues un polígono es… ¡Deja de tomarme el pelo! Y una cosa: si las cabañas no tienen cuarto de baño completo, nos vamos a otro motel. ¡Estoy necesitando un baño tibio!

* * *

—¿Cómo está el baño? —preguntó Frankie, en la puerta del cuarto.

Metida en la bañera y cubierta de espuma que flotaba en el agua tibia, Brigitte lo miró con simulada irritación.

—¿Cómo has entrado en mi cabaña?

—Utilizando una ganzúa… ¡Je, je! —Minello acercó el taburete, y se sentó ante la bañera—. ¿Tardarás mucho? ¡Tengo más hambre que un lobo! Aunque no creo que en este motel la cena sea maravillosa.

—Frankie, no saldré de la bañera hasta que tú hayas salido del cuarto de baño.

—Pues nos vamos a pasar la noche sin cenar. Y por la mañana estarás arrugadita, arrugadita… Pero eso sí: ¡igualmente hermosa, nunca parecerás un bacalao en remojo!

Brigitte sacó un brazo por entre la espuma.

—Fuera de aquí —señaló la puerta.

—Que no.

—Bueno, pues peor para ti.

Se puso en pie, abrió la ducha, y el agua comenzó a arrastrar la

espuma por su cuerpo, ofreciéndolo en pocos segundos en toda su esplendidez a los ojos de Frankie, que de pronto se puso en pie y masculló:

—El violador de Boston entra en acción… ¡Vas a ver lo que les pasa a las niñas provocativas!

Tendió sus manazas hacia el desnudo cuerpo de Brigitte, que se volvió irritada…, y en ese momento sonó el teléfono de la cabaña que ocupaba la espía en el Golden Coast Motel.

—El teléfono, Frankie.

—¡Maldición! ¡La Policía me ha descubierto!

—¡Haz el favor de contestar!

—Debe de ser una llamada equivocada.

—¡Ve a contestar!

—Bueno, pero vuelvo enseguida.

Frankie salió del cuarto de baño, y Brigitte le oyó hablar confusamente a través del rumor del agua de la ducha. Frankie apareció de nuevo en la puerta.

—Es para ti —masculló.

—¿Quién es?

—Un alma caritativa: ¡acaba de evitar una horrorosa violación de la niña más provocativa del mundo!

Riendo, Brigitte salió de la bañera, se envolvió con la toalla, y, descalza, acudió al teléfono, colocado sobre la mesita de noche. Minello, que la había seguido, la abrazó por la cintura, y acercó su oído al auricular.

—¿Sí? —inquirió Brigitte.

—¿Señorita Montfort? —inquirió la agradable voz varonil.

—Sí, diga.

—Realmente es usted: tiene una voz preciosa e inconfundible. La he estado viendo esta mañana en televisión… ¡Soy un gran admirador de usted!

—Muchísimas gracias. ¿Puedo servirle en algo?

—He pensado que quizá le gustaría charlar unos minutos conmigo sobre el asunto de Golden Shores. ¿Le interesa?

—Naturalmente.

—Claro. Si le parece bien podríamos encontrarnos después de cenar en un parador que hay cerca de la carretera, entre su motel y Santa Ana; se llama Happy Stop. Es muy agradable… ¿Qué le

gustaría tomar?

—Champán —dijo Brigitte, divertida en parte.

—De acuerdo. ¿A las nueve está bien?

—A las nueve en punto estaré ahí, señor… señor…

—¡Oh, perdone, es cierto, no me he presentado! Me llamo Anton Popov, y soy un ex agente del servicio secreto ruso. ¿Hasta luego, entonces?

—Sí —murmuró Brigitte—… Hasta luego.

Se oyó el chasquido del auricular al ser colgado por parte de Anton Popov. Brigitte colgó lentamente el suyo, y Minello pudo reaccionar por fin, exclamando:

—Te lo dije… ¡Ahí tienes a los rusos!

Capítulo III

Supo que era él apenas entrar en el parador y verlo sentado solo ante una mesa. Alto, atlético, pelirrojo, pecoso, de aspecto desenvuelto y simpático, cordial… Uno de esos hombres que las mujeres miran con inevitable agrado.

Naturalmente, él la vio a su vez enseguida, y se puso en pie, acudiendo a su encuentro, sonriente. Vestía muy informalmente, y calzaba zapatillas de tenis. Era encantador.

—¿Cómo está usted, señorita Montfort? —se interesó, tendiéndole la mano—. ¡No sabe el placer que me causa esta entrevista! ¡Para mí es un honor conocerla personalmente!

—Es usted demasiado amable, señor Popov —sonrió Brigitte aceptando la mano grande y fuerte del ruso.

—¡Claro que no! De verdad, hace mucho tiempo que soy un admirador de usted. No sólo es una gran periodista, sino que además es una excelente persona…, y si me permite decirlo, muy hermosa.

—Otra vez gracias —rió Brigitte—… ¿De verdad ha encargado champán?

—Por supuesto. ¿O no le gusta a usted?

—¡Me encanta el champán! ¿Francés?

Anton Popov pareció consternado.

—Le aseguro que lo pedí francés, pero en este parador no tienen. Tendrá que ser californiano. Claro que si prefiere que vayamos a otro lugar donde el champán…

—No, no, qué barbaridad.

—Gracias. ¿Nos sentamos?

Popov la tomó cortésmente de un brazo, la llevó a la mesa, y apartó una silla. Una vez sentada Brigitte, él hizo una seña al empleado del parador, y fue a sentarse ante la periodista-espía.

—Nos servirán el champán inmediatamente. Yo no acostumbro

beberlo casi nunca, pero imagino que debe de sentar estupendamente después de la cena.

—Sin duda. Sobre todo si tiene un mínimo de calidad. Dígame una cosa, señor Popov: ¿no teme que yo haya avisado al FBI?

—Avisarlo… ¿de qué?

—Caramba, ¡de que por estos lugares anda un espía ruso!

Popov se quedó mirándola estupefacto. Luego, sonrió.

—Claro que no temo semejante cosa. Es usted demasiado inteligente para cometer semejante tontería. ¡Aquí llega el champán!

El camarero llegó con un cubo que contenía hielo y una botella de champán. Popov le dijo que él serviría, y el hombre asintió, y miró a Brigitte.

—La vi esta mañana por televisión, señorita Montfort. Es usted muy simpática.

—Gracias —sonrió Brigitte—. Y para que no cambie de opinión sobre mí recomendaré su parador a mis amigos.

El hombre rió, y se alejó. Anton Popov descorchó la botella, sin dejar de mirar a Brigitte y diciendo:

—Tiene usted un modo… sencillo y peculiar de ganarse la simpatía de la gente. Estoy seguro de que he elegido bien.

—¿Qué es lo que ha elegido?

—A usted como mediadora en el asunto de Golden Shores.

—Ah. ¿Realmente sabe usted algo sobre eso, señor Popov?

—¿Algo? Sepa usted que fui yo quien lo planeó prácticamente todo… Espero que le guste muy frío.

—Más bien, sí —asintió Brigitte, mirando la botella.

Popov sirvió en las dos copas, dejó la botella en el cubo, y tendió una de las copas a Brigitte.

—Salud —dijo el ruso.

—Salud. Para nosotros… y para esas cuatrocientas personas desaparecidas.

—No se preocupe usted. Por el momento están perfectamente.

Brigitte asintió, y bebió un sorbo. Popov bebió a su vez, dejó la copa, y preguntó:

—¿Y su amigo? El que tiene cara de boxeador.

—Me pareció que usted preferiría que nos viésemos a solas.

—Sí, es mejor.

—¿Era usted quien iba en el Ford que nos siguió desde Golden Shores hasta el motel?

—En efecto. Yo estaba en un lugar viendo la televisión, la vi a usted…, y poco después tuve la idea, así que me trasladé a Golden Shores para intentar contacto con usted. Cuando supe dónde pensaba pasar la noche seguí adelante y luego la llamé… ¿Por qué ha pensado que era yo?

—He visto ahí fuera el coche Ford, cuya matrícula pude ver con mis gemelos de teatro. Y si no era usted el propietario del coche Ford significaría que era otra persona… que podría estar en estos momentos espiándonos a los dos.

Anton Popov quedó boquiabierto unos segundos. Luego, sonrió.

—Caramba… ¡Razona usted como una espía!

—Pero no lo soy. En cambio usted sí lo es. Al menos, eso me dijo antes.

—Soy un ex espía. Dejé el servicio hace más de dos años.

—¿Por qué razón?

—Había muchas cosas que no me gustaban. Y sobre todo porque pensé que un mal día podía tropezarme con la agente Baby y morir a sus manos. ¿Sabe usted quién es Baby?

—Tengo buenos amigos en varias esferas de gran influencia, señor Popov, así que naturalmente he oído hablar de Baby.

—Claro, claro —chispearon los ojos del ruso—. Incluso es posible que la conozca usted.

—No, eso no. Veamos, señor Popov, usted me ha citado aquí para hablarme de lo ocurrido en Golden Shores. ¿Cierto?

—Cierto.

—Muy bien, pues hablemos de eso.

—¿No le interesa el tema de Baby?

—No. Me interesan esas cuatrocientas personas. Entiendo que usted sabe dónde están.

—Sí. Lo sé todo.

Brigitte bebió otro sorbito de champán, y luego se quedó mirando al ruso atentamente, ladeando la cabeza. El ruso sonrió. Ella también sonrió. Ninguno de los dos se estaba engañando con respecto al otro: ambos eran muy inteligentes, y ambos lo sabían. Para Brigitte, aquello había tenido cariz de trampa durante unos segundos.

Pero no.

Tal vez a Popov se le hubiera ocurrido por un instante que la señorita Montfort podía ser precisamente Baby, pero no era ése el tema que le interesaba.

—De acuerdo —susurró por fin Brigitte—… ¿Qué es exactamente lo que usted pretende?

—Dinero. Mucho dinero.

—Claro que no es eso —refunfuñó Brigitte—. Vamos, Anton, hablemos en serio por fin.

—¿Cómo sabe usted que no quiero dinero?

—Porque para pedir dinero no me necesita a mí para nada Le habría bastado una llamada a la Policía, al FBI, a la televisión, a cualquier periódico o emisora de radio… No. Dinero, no. ¿Qué es lo que quiere, entonces?

—Es formidable tratar con usted…

—Y soy simpática, guapa, inteligente…, y por todo eso me ha elegido usted. Gracias. Pero estamos perdiendo el tiempo, Anton. ¿Qué quiere decirme a mí? ¿Qué mensaje tengo que llevar a las autoridades?

Anton Popov quedó serio de pronto, profundizando con su mirada en los ojos de Brigitte…, pero también de pronto los ojos de su «simpática» interlocutora parecieron convertirse en inexpresivas piedras azules.

—Quiero que usted les diga, en primer lugar, que esas personas están bien, y que, por lo tanto, no hagan nada. Que no investiguen, que no las busquen, que no nos pongan en una situación molesta que nos obligue a tomar decisiones… desagradables.

—Mensaje comprendido. ¿Qué más?

—Oportunamente, esas personas quizá sean vistas en determinado lugar. Si así fuese, nadie se acercará a ellas.

—¿En qué lugar podrían ser vistas?

—Eso no quiero decírselo, lo siento.

—Está bien. ¿Todas esas personas están bien, realmente?

—Todas. Y no pedimos dinero por ellas. Sólo vía libre.

—¿Vía libre hacia ese lugar que no quiere decirme?

—Sí. Aunque probablemente no las verán hasta que ya no dispongan de tiempo para hacer nada… aunque quisieran.

—Anton, soy inteligente, pero no adivina. No entiendo bien todo

esto… ¿Dónde están esas cuatrocientas personas, qué se proponen hacer exactamente con ellas?

—En principio, se pensó en utilizarlas para un entrenamiento ordinario, pero la idea base fue modificada, y serán utilizadas para un entrenamiento total.

Brigitte se estuvo mirando las manos durante unos segundos, antes de preguntar:

—¿Piensan utilizarlas, tal vez, como… conejillos de Indias o algo así?

—No, no.

—Entonces, ¿a qué se refiere usted al hablar de ese… entrenamiento total?

—A la consecución de un objetivo.

—¿Qué objetivo?

Anton Popov sonrió, y agarró la botella.

—¿Más champán? —ofreció.

—Sí, gracias. Naturalmente, no quiere decirme cuál es ese objetivo. En realidad, usted no me ha dicho nada. Sólo me ha intrigado, y me ha pedido que informe a las autoridades de que no deben investigar más, que no deben buscar, que no deben hacer cosas que pudieran causarles inquietud a ustedes. Por mi parte, no tengo inconveniente en complacerle a usted, pero comprenda que si me presento al FBI con ese recado querrán saber muchas más cosas.

—Por eso no se las digo —sonrió Popov—: si las ignora no podrá decirlas.

—Ya. Bueno, hay una cosa que usted parece no haber tenido en cuenta. Yo soy una persona muy práctica y objetiva. Usted dice que esas cuatrocientas personas están bien, pero yo no lo sé, no puedo estar segura de eso, ¿verdad?

—¿Le gustaría verlas?

—Me gustaría mucho —susurró Brigitte.

—Por mi gusto la llevaría allá, pero entonces no podría usted pasar mi recado al FBI.

—Puedo pasar su recado con una simple llamada telefónica. Eso tendría una ventaja para usted: no diría su nombre, ni le describiría al FBI.

—Oh, eso no me preocupa. No es fácil cazarme a mí, ¿sabe? Además, mientras tenga esas cuatrocientas personas soy intocable,

¿no le parece? Pero de todos modos, sí, preferiría que usted no me mencionase en ningún sentido. Cuantas menos complicaciones, mejor. En cuanto a su recado por medio de una simple llamada telefónica, no me parece demasiado convincente para el FBI.

—Puedo llamar a una persona del FBI que me hará caso. Si llamo a esa persona y le digo que he sabido cosas que aconsejan la paralización de todas las investigaciones, las investigaciones serán paralizadas totalmente.

—¿Tanta influencia tiene usted?

—Póngame a prueba.

—¿A quién llamaría usted?

—A un inspector especial del FBI adjunto a la dirección, en Washington.

—¿Su nombre?

—A-ah —negó Brigitte.

—¿Puede llamarlo desde aquí?

—Podría, pero prefiero hacerlo por medio de mi amigo, que me está esperando en el motel.

—Oh, vamos —sonrió Popov—, ¿realmente debo creer que su amigo no está escondido en el coche por si usted necesita ayuda?

—Puedo llamarlo al motel. Si él está allí es que no está aquí, ¿verdad?

—Desde luego. ¿Qué le diría exactamente a su amigo?

—Lo que usted quiera que le diga.

—No, no. Dígalo usted a su modo.

—Muy bien. Podría decirle: Frankie, ve a ver al inspector Malcom Graves, jefe del FBI en la investigación de Golden Shores, y dile que se comunique con la misma persona de esta mañana en Washington, y que le diga de mi parte que el FBI y demás cuerpos u organismos policiales, militares, o servicios secretos paralicen en el acto toda investigación sobre los desaparecidos habitantes de Golden Shores, y que en el improbable caso de que algunas de esas personas, o todas, fuesen vistas en alguna parte, nadie deberá acercarse a ella ni interponerse en modo alguno en su camino… ¿Qué le parece?

—Yo no se lo habría indicado mejor —murmuró Popov, cada vez más interesado por su bella interlocutora—… Pero me pregunto si le harán caso a usted por boca de su amigo.

—Le aseguro que sí.

—Muy bien. Vamos a llamar. Pero usted dirá solamente lo que acaba de preparar tan magníficamente.

—No diré ni una palabra más.

Anton Popov se puso en pie, y señaló hacia el fondo del parador, donde había un teléfono de pared. Fueron los dos allá, y el ruso ofreció monedas a Brigitte, que negó con la cabeza.

—Usted conoce el número del motel. Llame y pida que le pongan con Frank Minello, cabaña 14… Ah, un momento, por favor: ¿puedo decirle a Frankie que le dejo el coche delante del parador?

—Sí… Sí, claro. Pero nada más.

Brigitte asintió. El ex espía ruso llamó al motel, pidió por Frank Minello, y la comunicación se estableció enseguida. Anton Popov reconoció la voz del hombre que había contestado aquella tarde en la cabaña de la señorita Montfort, aprobó con un gesto, y tendió el auricular a Brigitte.

—Frankie, soy yo —dijo ésta—. No me interrumpas ni hagas preguntas de ninguna clase, sólo escucha y luego haz lo que voy a decirte… Ah, voy a dejarte el coche delante del Happy Stop, pasa a recogerlo cuando quieras. Y ahora, escucha: ve a ver al inspector Malcom Graves…

Palabra por palabra, Brigitte repitió a Minello lo que antes había dicho a Popov. Cuando terminó, colgó, y miró al ruso con expresión interrogante.

—De acuerdo —asintió el ruso—. Terminemos el champán.

—Dos copas son suficientes para mí.

—¿Tiene prisa por salir de aquí? ¿Por qué?

—No tengo ninguna prisa. Simplemente, no deseo beber más, Anton. ¿Está desconfiando de mí en algún sentido?

—Tal vez haya alguien ahí fuera esperándome.

—Estoy confiando en usted, y la prueba la tiene en que he pasado el recado a Frankie antes de comprobar que esas cuatrocientas personas están bien. Por otra parte, si yo hubiera cometido la estupidez de avisar al FBI, y considerando que a las buenas, en una conversación entre los dos, no iba a sacarle nada más, todo lo que tendría que hacer para dejarlo solo y que le atacasen, era decirle que iba a los servicios… ¿Se habría opuesto

usted a que yo fuese a los servicios?

—No —sonrió Popov.

—Pues no sea absurdo. Me está tratando como si yo fuese una mujer… retorcida, maquiavélica. Y sólo soy una periodista. Además, si he de serle sincera, cuando vine aquí no pensaba que iba a ser cierto que me hablaría de lo de Golden Shores.

—¿No? —se sorprendió Popov—. ¿Pues qué pensó?

—Pensé que era algún admirador, o alguien un poco… chiflado que quería charlar conmigo e invitarme a champán. Muchos hombres han hecho tonterías parecidas.

—¡Eso lo comprendo! —Se echó a reír Popov, por fin—. Bien, dejaremos el resto del champán para el camarero.

—De todos modos dele una buena propina. Es simpático.

Riendo de nuevo, Popov se acercó al mostrador, pagó la botella de champán, y regresó junto a Brigitte. Salieron juntos del parador, Popov tomando suavemente de un brazo a Brigitte, que se encaminó sin titubeos hacia el viejo Ford que, en efecto, había visto estacionado al llegar.

—No, no —dijo amablemente el ruso—. Dejaremos el Ford aquí, si no le importa.

La maniobra era sencilla, pero hábil. Propia de un espía. Caminaron hacia un Dodge oscuro, ocuparon los asientos delanteros, y Popov encendió el motor. Salieron del estacionamiento del parador a la carretera, distante unos setenta metros.

—Usted ya lo ha comprendido, ¿verdad? —dijo Popov.

—¿El qué? —Se hizo la ingenua Brigitte.

—Si alguien está esperando por los alrededores del parador el coche Ford, para seguirnos, se llevarán un chasco. Verán pasar este coche, pero no le harán caso.

—Si eso fuese cierto, al verme a mí en este coche sería lo mismo que si fuésemos en el Ford.

—Sí. Es por eso que voy a rogarle que se deslice en el asiento hacia delante, de modo que no pueda ser vista desde el exterior. ¿Le molestaría mucho complacerme?

Brigitte suspiró, resignada, y complació al ruso. Éste condujo durante un par de minutos en silencio, dirigiendo frecuentes miradas al retrovisor. De pronto, maniobró en la carretera, y volvió

hacia el parador, frente al cual pasó otros dos minutos más tarde. Y siempre, mirando el retrovisor.

Por fin, Popov sacó una pequeña radio de bolsillo, y llamó.

—¿Qué hay? —Sonó una voz suave.

—Ángel, soy Anton. ¿Habéis visto si alguien me está siguiendo?

—No parece que haya problema alguno, Anton.

—Entonces, voy para allá. La señorita Montfort viene. Preparadlo todo para el viaje.

—De acuerdo. ¿Has tenido algún problema?

—No, no. Pero las precauciones nunca están de más. Hasta luego.

Cerró la radio, la guardó, y miró a Brigitte, que le contemplaba en silencio, ladeada la cabeza.

—Era mi amigo Ángel —sonrió el ruso—. Es un mejicano muy simpático. ¿Le importa seguir así unos minutos más, por favor?

—Le avisaré cuando ya no pueda resistir más la incomodidad.

—Es usted muy comprensiva. Gracias.

Casi media hora más tarde, Anton Popov detenía el coche. Para entonces, hacía ya rato que Brigitte iba sentada normalmente a su lado, de modo que había podido ir viendo el nocturno paisaje, y las carreteras por las que habían circulado. Pero la última media milla la habían recorrido prácticamente a campo través, pasando de un camino a otro. Cuando el Dodge se detuvo Brigitte vio, a unos treinta metros, la inconfundible silueta de un helicóptero.

—¿Tan lejos vamos a ir? —se interesó—. Creí que sería cerca.

—¿Por qué creyó eso?

—Bueno, no es fácil trasladar cuatrocientas personas muy lejos de su punto de origen sin que llamen la atención de alguien.

—A menos —sonrió Popov— que se hagan bien las cosas. Ya podemos apearnos.

Salieron del coche. Tres hombres aparecieron enseguida, y, a la luz de la luna creciente y las estrellas, Brigitte no tuvo dificultad alguna para verlos bien. Dos de los hombres eran de mediana estatura, morenos, atractivos; uno de ellos sonreía, mostrando unos magníficos dientes blanquísimos. Pero ni éste ni el otro moreno interesaron especialmente a Brigitte. En cambio, sí se quedó mirando fijamente al hombre de raza china que completaba el trío.

—Hola, Anton —dijo el sonriente moreno—… ¡Muchacho, qué

retelinda compañía te has buscado!

—Ya conocéis a la señorita Montfort —dijo Popov, riendo—. Brigitte, le presento al mejicano Ángel Requena, al brasileño Aldemar Dos Santos, y al chino Wong Tei. Aunque me parece que usted ya se ha dado cuenta de que Wong es chino, ¿verdad?

—¿Cómo está, señorita Montfort? —saludó Wong Tei, muy sonriente—. Es un placer conocerla.

—Gracias. Lo mismo digo. Señor Dos Santos, señor Requena, mucho gusto en conocerles.

—El gusto es nuestro —aseguró Dos Santos—. Todos esperamos que una persona tan inteligente como usted no va a ocasionarnos problemas.

—Me pregunto qué clase de problemas podría ocasionar yo a cuatro hombres, señor Dos Santos.

—Pos es verdad —rió Requena—. Sin embargo, y créame que todos lo sentimos mucho, vamos a tomar nuestra precauciones. Más que nada por usted, comprenda. Si usted viera demasiado, luego no podríamos dejarla marchar… ¿Me comprende, señorita Montfort?

Brigitte, que estaba mirando el gran pañuelo negro que exhibía el mejicano, asintió. Ángel Requena hizo un gesto como de disculpa, pero pasó tras Brigitte, le colocó el pañuelo negro varias veces doblado ante los ojos, y lo anudó a la nuca. Acto seguido Brigitte oyó la voz del brasileño:

—Me llevaré el coche, Anton. Espero estar allá por la mañana.

—De acuerdo, Aldemar. Ten cuidado.

—No os preocupéis. Y tratad bien a la señorita Montfort: ¡es una celebridad nacional!

—Mundial, muchacho, mundial —dijo afablemente Wong Tei—: la señorita Montfort es bien conocida incluso en lejanos rincones de China.

—¡Caray! —exclamó Requena.

Un lento escalofrío estaba recorriendo la espalda de Brigitte. Por un momento, pensó en la conveniencia de rechazar la continuación del viaje. En su opinión, ninguno de aquellos cuatro hombres iba armado, así que, puesto que tenía las manos libres, sólo tenía que quitarse el pañuelo de los ojos, atacar, y, posiblemente, la sorpresa de ellos sería tal que podría incluso alcanzar el helicóptero antes de que reaccionasen… Pero al instante siguiente, recordó que

cuatrocientas personas habían desaparecido, y que si ella reaccionaba ahora violentamente las cosas podían complicarse para esas personas.

—Permítame ayudarla —oyó la voz de Popov.

De nuevo el ruso la tomó del brazo, y comenzaron a caminar. Tras ella, Brigitte oyó el rumor del Dodge alejándose. Ahora sólo tenía tres hombres junto a ella. Pero su decisión ya estaba tomada. La ayudaron muy amablemente a subir al helicóptero. Supo que el que iba a pilotarlo era Requena. Las aspas giraron, el aparato comenzó a elevarse…

Y de nuevo Brigitte Baby Montfort sintió aquel escalofrío en la espalda. Junto a ella, en silencio, viajaban un ruso y un chino.

No parecía, en absoluto, una perspectiva agradable para la agente Baby de la CIA.

Capítulo IV

Anton Popov entró en la habitación tras llamar a la puerta y recibir la autorización de Brigitte, que había estado contemplando el desierto desde una ventana.

—Buenos días —saludó alegremente el ruso—… ¿Ha descansado usted bien, Brigitte?

—Estupendamente, gracias.

—¿De veras? Francamente, temí encontrarla dormida. Generalmente, las personas duermen ocho horas, no cuatro.

—Pero no en mis circunstancias. Espero que comprenda mi estado nervioso, Anton.

—Sí, es admisible, pero después de seis horas de viaje en helicóptero tal vez debió de estar usted tan casada que lo normal sería que aún estuviese durmiendo.

—Seguramente caeré dormida en la cama para veinticuatro horas cuando esto termine —sonrió Brigitte—. ¿Puedo ver a esas personas ahora?

—Pronto las verá. Comprenderá usted que no íbamos a despertarlas a las cinco de la mañana. Ahora están desayunando…, y precisamente para hacer lo mismo he venido a buscarla… Quiero decirle que es usted una invitada muy cómoda.

—¿Cómoda? ¿A qué se refiere?

—Caramba, a todo. Soportó sin rechistar seis horas de viaje, aceptó no ver enseguida a la gente de Golden Shores, no nos fastidió con preguntas acerca del lugar donde estamos, no se ha mostrado preocupada, ni mucho menos histérica, lo acepta todo dócilmente… Es un placer tenerla aquí, de veras.

—¿Aquí? ¿Y dónde es aquí? —sonrió Brigitte.

—¡Vaya! —rió Popov—. ¡Ahora va a empezar con las preguntas! Estamos en el desierto, es evidente.

—Sí, pero… ¿en cuál? ¿California, Arizona, Nevada…, Méjico

tal vez? No, no diga nada. Ya me enteraré por mí misma.

—¿De veras? —Se pasmó Popov—. ¿Y cómo lo conseguirá?

—No lo sé, pero ya verá como encontraré algún detalle que lo indicará. Quiero pedirle un favor, Anton.

—¡No faltaría más! ¡Lo que quiera!

—Me gustaría ver a las gentes de Golden Shores antes de desayunar. Quisiera… estar segura de que todo está bien. Y si todo está bien me sentiré mejor, con más apetito y excelente humor.

—De acuerdo —aceptó el ruso—. Podemos esperar a desayunar a que usted haya visto a esa gente. Venga conmigo.

Salieron del dormitorio, recorrieron un pasillo, y llegaron a la cocina, por cuya puerta salieron a la parte de atrás de la casa. Sólo entonces comprendió Brigitte dónde se hallaba: en un rancho. Por la ventana sólo había visto desierto. Ahora, a unos cien metros de la casa, vio las restantes dependencias: cuadras, cobertizos, unos cercados amplísimos… Todo ello formaba los cuatro lados de un rectángulo perfecto. A la derecha vio el clásico *saloon* del legendario *Far West*, con su porche no menos clásico. Había una construcción en cuyo porche, pendiendo, había un cartel que indicaba que se trataba de una estafeta de la *Western Union Telegraph*. Un poco más allá, una barbería. Luego, la oficina del *sheriff*, un *general store*, un parador de diligencias…

Cuando Brigitte miró, lentamente, a Anton Popov, éste sonreía divertido.

—¿Ha llegado ya a alguna conclusión? —se interesó.

—Se diría que hemos retrocedido cien años —sonrió también Brigitte—: estamos en un clásico pueblo del *Far West*. Bueno, naturalmente este rancho es uno de los muchos de recreo que hay en el Oeste para turistas y gente nostálgica. Yo casi descartaría California. Así que nos queda Arizona y Nevada…, porque naturalmente este lugar no tiene nada que ver con Méjico. En definitiva: ¿estamos en un rancho de recreo para turistas?

—Efectivamente.

—¿Y qué pasará si vienen turistas de verdad?

—Tenemos indicadores en las proximidades, a todo alrededor del rancho, en los que se dice que el lugar está en obras, y que en breve podremos ofrecer a nuestros visitantes las delicias de todo un emocionante fin de semana en un auténtico ambiente del bravo,

bronco y peligroso Oeste Americano. Mientras tanto —sonrió una vez más Popov—, unos cuantos empleados nuestros adecuadamente distribuidos se ocupan de que nadie se acerque, alegando que puede haber peligro debido a las obras.

—Entiendo. Un lugar muy visible, pero al que está muy justificado impedir las visitas, de momento. Y ahora, usted me dirá que tiene cuatrocientas personas en esos cobertizos.

—¿No lo cree?

—Quiero verlas.

Popov señaló con ampuloso gesto hacia los cobertizos, y se dirigieron hacia allá. Desde el centro de la explanada central Brigitte comenzó a ver a los vigilantes, en los tejados de los bajos edificios. Llevaban todos «mono» de trabajo, de color crema, pero en más de una ocasión la espía vio relucir objetos metálicos. Algunos de estos objetos le parecieron prismáticos, otros rifles. Es decir, que no sólo había un cinturón de supuestos obreros cerca de los alejados cartelones de aviso de las obras, sino que en los tejados no menos de quince o veinte hombres atisbaban en continua vigilancia…

En alguna parte se oyó relinchar un caballo, al que contestaron dos o tres más. Por un resquicio entre dos casas, Brigitte vio la mole de una enorme grúa de construcción. Luego, algunos camiones que parecían destinados a transporte de material también para la construcción. En una vieja cuadra vio tres automóviles, cubiertos de polvo. El helicóptero no parecía estar al alcance de su vista… Posiblemente estaba fuera del rectángulo de construcciones, camuflado bajo una lona. Vio más hombres en las casas, algunos por las ventanas, dos en la oficina del «sheriff»…

Entre treinta y cincuenta marines, le había dicho el inspector del FBI Malcom Graves. ¿Eran los mismos hombres que ella iba viendo? Por el momento había contado cerca de cuarenta…

—Observará usted —dijo de pronto Popov— que faltan las autoridades de Golden Shores. Las tenemos aparte. En total son doce hombres que se mostraron un tanto rebeldes. Tuvimos que golpear a unos pocos de ellos, pero están bien…, aunque en condiciones de más seguridad para nosotros que el resto. ¿Quiere ver primero a estos hombres?

—De acuerdo.

Los doce hombres estaban en la barbería, en cuya entrada dos «obreros» armados de metralletas fumaban plácidamente. Efectivamente, doce hombres atados de pies y manos estaban en el interior de la barbería, algunos con uniforme de patrullero. Parecían hallarse en buen estado, pero sombríos. Todos miraron sorprendidos a Brigitte, y ésta se dio cuenta de que algunos de ellos estaban reconociendo a la famosa periodista Brigitte Montfort. Y uno de ellos preguntó de pronto:

—¿Qué tiene usted que ver con esto, señorita Montfort? ¿O no es usted la señ…?

—Soy Brigitte Montfort —asintió Brigitte—. ¿Quién es usted?

—El sargento Dillman. Escuche, si usted…

—Sargento Dillman, yo no tengo nada que ver con esto. Estoy… trabajando como periodista, eso es todo, gracias a la oferta de mi acompañante, para servir de mediadora en su pronta liberación. No puedo decirle más, salvo que usted y todos los demás harán bien en no buscar complicaciones. Tómense las cosas con calma, y pronto serán liberados. No se les ocurra ninguna genialidad… que sólo sería una locura. ¿Me han entendido todos?

Nadie contestó. Los gestos de los doce hombres seguían siendo sombríos. Popov sonrió.

—Será mejor que hagan caso a la señorita Montfort. Venga, Brigitte, irá viendo a los demás.

Salieron de la barbería, y en el porche encontraron a Wong Tei, con gesto interrogante.

—Buenos días, señorita Montfort. ¿Ha dormido bien?

—Sí, muchas gracias, señor Tei.

—Los estábamos esperando para desayunar. ¿Ocurre algo, Anton?

—Nada. Pero la señorita Montfort ha querido asegurarse, antes de desayunar, de que no somos una pandilla de asesinos que habíamos eliminado a cuatrocientas personas.

—¿Eso pensó de nosotros? —Abrió mucho los ojos el chino.

—Lo ha dicho Anton, no yo —refunfuñó Brigitte—. No creo que sea tan extraordinaria mi petición de ver a esas personas.

—Claro que no. Entonces, ¿todo bien, Anton? ¿Os seguimos esperando para desayunar?

—Estaremos allá en diez o doce minutos, Wong.

El chino hizo una cortés reverencia, y se alejó. Popov tomó del brazo a Brigitte una vez más, y la condujo hacia uno de los grandes cobertizos, cuya doble puerta enorme abrió... Al resplandor de la luz solar Brigitte vio los numerosos rostros humanos que se volvieron, captó los parpadeos... El silencio en que se hallaban sumidas aquellas personas, quizá ciento cincuenta o doscientas, estremeció a Brigitte. Sin duda habían recibido severísimas órdenes o amenazas en este sentido, así que permanecían callados. Oyó alguna tos, ruido de pies, alguna respiración profunda..., y hacia el fondo un sollozo femenino.

La periodista espía tragó saliva, y preguntó:

—¿Están todos bien? Quiero que me digan si alguien está herido o enfermo, o si necesitan algo, lo que sea.

Nadie contestó. El silencio era increíble, terrible. No era fácil imaginarse ciento cincuenta personas reunidas y calladas. Tan calladas como habrían estado si hubieran sido ya cadáveres. Pero no lo eran. Estaban vivos, y, al parecer, en perfectas condiciones.

Salieron del cobertizo, y Popov señaló hacia delante.

—El resto están distribuidos entre el siguiente cobertizo, la cuadra y dos casas más. ¿Quiere verlos? Le aseguro que están en tan buenas condiciones como los que ya ha visto.

—Le creo —murmuró Brigitte.

—Entonces... ¿podemos desayunar ya? ¡Tengo apetito!

Durante tres o cuatro segundos Brigitte estuvo mirando fijamente a Popov, que se limitó a sonreír.

—¿Cómo pudieron trasladar aquí a cuatrocientas personas? Por cerca que estemos de Golden Shores la distancia no es inferior a cuatrocientos kilómetros... ¿Cómo pudieron hacerlo?

—En camiones.

—Debieron de necesitar por lo menos diez camiones bastante grandes. Pero sobre todo, insonorizados, ¿no? Porque trasladar mujeres y niños en camiones es un grave riesgo: cualquiera puede gritar, llorar... ¡qué sé yo!, hacer cualquier clase de ruido...

—A menos que estén dormidos —sonrió Popov.

—¿Quiere decir que los narcotizaron a todos?

—No es tan difícil como usted parece creer: sólo hay que disponer del gas adecuado en la suficiente cantidad. Pero como ha podido comprobar, nadie ha sido lastimado.

Brigitte se imaginó la escena en Golden Shores, o cerca del pueblo. Sí, debió de ser cerca del pueblo, hacia el interior, no hacia la costa, pues por allí no habrían podido estar esperando los camiones sin correr el riesgo de que fuesen vistos desde el mar por los tripulantes de cualquier embarcación… Amenazados por las armas, todos los habitantes de Golden Shores y los visitantes de aquel momento, tuvieron que subir a los camiones. Y una vez todos dentro y bien cerrados los camiones, cuatrocientas personas fueron dormidas con gas. Luego, emprendieron la ruta hacia aquel rancho de recreo, que formaba un conjunto poco menos que fortificado. Y debieron de viajar por separado o máximo en parejas de camiones… Camiones corrientes, o al menos, de los que no debían de llamar la atención por aquella ruta.

—Sí —murmuró por fin—, he podido comprobar eso.

Popov, que la había estado mirando expectante, parpadeó, y preguntó:

—¿Qué estaba pensando?

—Pensaba que todo esto parece haber sido muy bien organizado, con mucho tiempo.

—Y con mucho dinero, desde luego. Pero vale la pena, se lo aseguro. Bien, vamos a desayunar. Mis amigos nos están esperando.

Señaló hacia una de las casas con porche que, como todas, tenía la fachada orientada hacia el interior del recinto, dando la espalda al desierto. Pero apenas habían dado una docena de pasos por la explanada, Brigitte se detuvo.

—¿Qué ocurre? —se sorprendió Popov.

—Creo que se acerca un helicóptero.

—Debe de ser Aldemar, que ha sido recogido en el punto convenido. Pero yo no oigo nada… Ah, sí, ahora sí. ¡Caramba, qué oído tan fino tiene usted!

Brigitte no contestó. A los pocos segundos, en efecto, el rumor del helicóptero era ya fuertemente audible. Por fin, apareció el aparato, por encima de las casas de un lado, y aterrizó en el centro de la explanada. Las aspas dejaron de girar, y dos hombres saltaron a tierra. Uno de ellos, en efecto, era Aldemar Dos Santos, que vio a Brigitte y a Popov y se dirigió hacia ellos, sonriente.

—¡Hola! —saludó alegremente—. ¿Cómo van las cosas por aquí? Buenos días, señorita Montfort.

—Buenos días —sonrió Brigitte—. Todo va muy bien, señor Dos Santos. Al menos, por ahora.

Anton Popov se echó a reír.

—Llegas a tiempo de desayunar, Aldemar… ¿Has tenido algún contratiempo?

—Ninguno. Y parece que todo marcha estupendamente.

—¿A qué te refieres?

—He oído por la radio que la Policía y el FBI han abandonado Golden Shores, y que, incomprensiblemente para el público, toda investigación ha quedado paralizada.

—Ya. Evidentemente —Popov miró de nuevo a Brigitte con curiosidad—, la señorita Montfort tiene un gran poder de persuasión en el FBI. Bueno, en la casa también deben de estar escuchando la radio. Vamos a ver qué más noticias nos proporcionan.

Llegaron a la casa los tres, mientras Brigitte procuraba no mirar hacia el helicóptero. Pero sí había mirado hacia el piloto disimuladamente. Lo había hecho en cuanto el hombre saltó del aparato, y en ningún momento le vio guardarse ningunas llaves… ¿El helicóptero había quedado listo para el primero que llegase a él?

La casa era como una cualquiera de las que aparecían en las películas del Oeste. Había un vestíbulo, y a la izquierda una puerta, que daba a la sala. En ésta se oían muchas voces mezcladas, pero todas en inglés. Cesaron todas de pronto cuando Brigitte apareció en la puerta.

Nueve hombres volvieron el rostro hacia allí, nueve pares de ojos quedaron fijos en Brigitte Montfort, la cual, a su vez, pasó rápidamente su mirada de uno a otro rostro. Podía perfectamente haber permanecido impasible, ocultando su sorpresa, pero no quiso hacerlo. Al contrario, más bien exageró su gesto.

Popov se echó a reír.

—Es natural que esté sorprendida —dijo—. Seguramente nunca antes vio usted un grupo de personas como éste.

Absolutamente cierto. Allí estaba el mejicano Ángel Requena, y el chino Wong Tei. Había además tres hombres de raza blanca, dos de ellos de apariencia latina, y el otro germánico; sí, posiblemente alemán.

Los otros cuatro llamaban más la atención. Uno de ellos era japonés, otro era indiscutiblemente de raza árabe, el tercero era un pigmeo negro de cabellera rizada, y por último, salvo que Brigitte no entendiera de razas y especialmente de aquélla, estaba el indio americano, de gran nariz, frente angosta, y penetrantes ojos negros.

Todos vestían correctamente a la americana, sin exotismo ni extravagancia de ninguna clase.

—Pero… ¿qué significa todo esto? —murmuró por fin la espía.

—Permítame presentarle a mis amigos que todavía no conoce usted —dijo amablemente Popov—. Empezaremos por el americano… ¿O no considera usted americano a un indio comanche?

—Un indio comanche es mucho más americano que yo —dijo Brigitte.

—Muchas gracias, señorita Montfort —dijo el comanche.

—Se llama Tah Ni —presentó Popov—. El pigmeo es Diko Namoo, centroafricano. El árabe se llama Kemal Saleim, y el japonés, Masao Eisako. El de la gran cabeza sólida y rubia es el alemán Walter Weisser. El del bigote jactancioso es Enzo Pietrangeli, italiano. El de los grandes ojos oscuros de dulce mirar es Juan Enrique Gardel, argentino…, pero todavía no ha conseguido convencernos de que es pariente de Carlos Gardel…, aunque canta admirablemente el tango. Bueno, ya conoce a Wong Tei y a Ángel Requena. Espero que su apetito sea lo bastante bueno para que todos podamos desayunar.

—Sí… Sí, sí.

Juan Enrique Gardel se acercó rápidamente a la mesa, y apartó una silla, que Brigitte ocupó, despacio, como aturdida.

Todos los hombres se sentaron entonces, excepto Popov, que salió de la sala, siempre sonriente.

Brigitte estaba mirando hacia la pared que había quedado frente a ella, al otro lado de la mesa. Había un gran mapa parcial de los Estados Unidos clavado allí, que comprendía los estados del oeste. Pero sólo en el sur del estado de Nevada se veían las rojas cabezas de gruesos alfileres clavados.

—¿Está obteniendo alguna conclusión? —preguntó Wong Tei.

—No… No.

—Mejor. De todos modos, no importaría demasiado.

—No comprendo.
—Wong quiere decir —intervino Gardel— que todo es ya inevitable.
—¿Todo? ¿A qué se refiere? ¿Al entrenamiento total?
El silencio se convirtió de pronto en algo que parecía tangible. Y tras unos segundos, Masao Eisako preguntó:
—¿Quién le ha hablado del entrenamiento total?
—El señor Popov.
—Ah. Sí, claro.
—Es usted muy hermosa —dijo Kemal Saleim.
—Pero está asustada —rió el pigmeo Diko Namoo—… ¿O me equivoco, señorita Montfort?
—Bueno… Todos ustedes parecen personas muy amables, señor Namoo, pero… la verdad…, un poco preocupada sí lo estoy.
—No debe estarlo —dijo Walter Weisser—. Nada va contra usted personalmente, ni mucho menos.
—¿Contra quién va esto? —preguntó ingenuamente la señorita Montfort.
—Ya lo sabrá. Es decir, si todo sale bien. Si no sale bien no lo sabremos ninguno de nosotros.
—¿Qué es lo que debe salir bien?
—La Operación W. A.
—¿Qué significa W. A.?
—World Alliance.
—¿Alianza Mundial? ¿Qué es eso?
—La Alianza Mundial somos nosotros —dijo Pietrangeli—: los hombres que usted ve aquí. Es claro que no hay representantes de todo el mundo, pero nos consideramos un grupo lo suficientemente variado para decir que representamos al mundo. Por eso hemos adoptado el nombre de World Alliance.
—¿Y qué clase de operación se propone la Alianza Mundial, señor Pietrangeli?
—Lamentablemente —apareció Popov en la puerta—, no podemos explicársela a usted. Nos servirán al desayuno enseguida.
Popov se sentó a la cabecera de la mesa, que había quedado libre. Brigitte, a su derecha, se quedó mirando al ruso.
—¿Entiendo que es usted el jefe de la W. A., Anton?
—No existe en la W. A. lo que se podría llamar propiamente jefe

—rechazó Popov—. Sin embargo, debido a mis… habilidades como espía y a cierta capacidad de organización, digamos que soy el consultor básico de la W. A. En realidad, no significa nada, ya que cualquier decisión de la W. A. debe ser aprobada por todos los presentes.

—Pero creo que usted es el de las grandes ideas, ¿no?

—De algunas —rió Popov—. Mire usted, Brigitte, nosotros estamos dispuestos a llevarla esta noche de regreso a la costa californiana, pero sería mejor para usted que se quedara con nosotros.

—O sea, que me retiene prisionera, como a los demás.

—¡De ninguna manera! Ya le digo que si lo desea la llevaremos a la costa, pero por su propio bien sería mejor que se quedara con nosotros.

—¿Por qué?

—Porque con nosotros estará a salvo, y si regresa allá es más que probable que todos nosotros nos veamos privados de volver a verla en el futuro. Lo que sería muy lamentable, ya que nos resulta extraordinariamente simpática a todos. ¿No es cierto, señores?

El asentimiento fue general, las sonrisas parecieron llover sobre Brigitte Montfort. Ésta sonrió con gesto agradecido, pero su mirada regresó al gran mapa clavado en la pared frente a ella. El japonés Masao Eisako se quedó mirándola fijamente, con una inexpresividad total.

Dos de los hombres de la World Alliance, ataviados con los «monos» color crema, entraron en la sala, portando grandes bandejas con el desayuno.

Capítulo V

—No podemos dejarla marchar —dijo Masao Eisako.

Los demás se quedaron mirándolo. Todavía estaban sentados alrededor de la mesa donde habían desayunado, pero Brigitte ya se había retirado, no sin ser advertida de que no abandonase el recinto del pueblo-fuerte.

Sobre las tazas de café humeaban los cigarrillos. Y por entre el humo, el rostro de Eisako parecía más impenetrable que nunca.

—¿Por qué no? —preguntó Popov.

—Ha visto el mapa.

—Un mapa no significa nada, Masao. En millones de casas hay mapas de los Estados Unidos.

—Pero no con alfileres clavados en determinada zona, Anton. He visto cómo miraba el mapa la señorita Montfort. Tiene ojos fotográficos. Si ahora le pidieran que dibujara la zona sur de Nevada y que situara en ésta los alfileres, lo haría sin un solo fallo.

—¡Qué exageración! —rió Gardel.

—Y además —dijo Aldemar—, ella no puede saber lo que significan esos alfileres. Entre más de doscientos millones de norteamericanos sólo un centenar podría decir qué significan, qué es lo que señalan en ese mapa.

—Tal vez la señorita Montfort esté incluida en ese centenar —murmuró Wong Tei.

—Eso es una tontería —gruñó Kemal Saleim—. Es sólo una periodista, por muchos amigos que tenga en el FBI.

—Puede tener amigos en otras partes —dijo Wong Tei, sin alterarse.

—¿De qué demonios estás hablando? —Gruñó Popov.

El chino clavó su plácida mirada en el ruso.

—¿Cuántas personas calculas tú —preguntó lentamente— que hay en Estados Unidos capaces de paralizar una investigación nada

menos que del FBI? Eso equivaldría, por ejemplo, a paralizar en Rusia a la KGB, en China al Lien Lo Pou, en Japón a la Tokko… No sé si me explico.

El silencio era de muerte. Anton Popov había palidecido.

—Estás loco —jadeó.

—¿De qué estáis hablando exactamente? —preguntó el pigmeo Diko Namoo.

—¡Este chiflado está sugiriendo la posibilidad de que la señorita Montfort sea la agente Baby de la CIA! —gritó Popov.

Todas las miradas se volvieron hacia Wong Tei, que permaneció impávido, encendiendo otro cigarrillo. Acto seguido, expeliendo humo, dijo, con voz muy, muy suave:

—Hace unos años, cuando los norteamericanos fueron a jugar a ping-pong a China, algo extraño ocurrió allí[4]. Nunca llegué a saber exactamente qué pasó, pero sé que algunas semanas más tarde se rumoreó que la agente Baby había estado por allí con los norteamericanos jugadores de ping-pong. Extraoficialmente, claro está. Sin embargo, ¿sabéis quién estuvo oficialmente en China por aquellas fechas?

—¿Brigitte Montfort? —susurró Walter Weisser.

—Exactamente. No le di importancia entonces, pero ahora pienso que quizá fue demasiada casualidad.

De nuevo el silencio. Las miradas se volvieron ahora hacia Anton Popov, que tenía el ceño fruncido… y todavía estaba pálido.

—Bueno —murmuró—, a veces pueden existir las casualidades, pero la señorita Montfort, por si acaso, se quedará con nosotros.

—Si ella fuese Baby —dijo Wong Tei—, tenerla con nosotros sería lo mismo que llevar colgada del cuello una bomba de tiempo… que tarde o temprano estallaría.

—¿Y qué sugieres? ¿Que la matemos?

—Es lo más sensato que podemos hacer. Sólo sería una persona más entre los muchos millones que van a morir.

—¡Qué macana! —protestó Gardel—. ¡Con lo linda que es la pebeta!

—Me parece —dijo fríamente Wong— que Juan Enrique no ha entendido bien lo que significaría para nosotros y nuestros proyectos que la señorita Montfort fuese la agente Baby.

—Es sólo una hermosa mujer —relampaguearon los ojos de

Kemal Saleim.

—Exacto —dijo el comanche Tah Ni—: es sólo una mujer. Y yo voto por que no corramos ningún riesgo, absolutamente ninguno.

Popov alzó las manos pidiendo silencio. Luego, cerró la derecha, con el pulgar extendido hacia arriba.

—Votemos.

Wong Tei le imitó, pero colocando el pulgar hacia abajo. Masao Eisako le imitó inmediatamente, y casi simultáneamente lo hicieron Weisser y Pietrangeli. El último en hacerlo fue el árabe, aunque de visible mala gana. Todos los pulgares apuntaban hacia abajo, y Popov, que lo mantenía todavía en alto, lo bajó de pronto, y preguntó:

—¿La fusilamos?

—No —sonrió Wong Tei—. No vale la pena hacer ruido y alarmar a los prisioneros. Yo me encargaré silenciosamente de eso.

* * *

Por la rendija de la puerta que daba a la parte de atrás de la casa donde la habían instalado, Brigitte, que estaba mirando hacia el helicóptero, vio de pronto a Wong Tei saliendo de la casa donde había dejado a sus amables anfitriones.

Hasta entonces, Brigitte había estado mirando el helicóptero, respecto al cual sabía ya que tenía las llaves puestas, pues en su breve paseo al sol había pasado lo bastante cerca para poder comprobarlo. Pero también había comprobado que, desde los tejados, los hombres de la World Alliance la habían estado mirando a ella, y supo lo que eso significaba: si se acercaba sólo un par de metros más al aparato seguramente le dispararían, aunque al principio fuese sólo como aviso.

Así que entre esto y la esperanza de que en efecto Popov la llevara aquella noche a California, prácticamente había desistido de intentar la fuga, que por otra parte la comprometería mucho. No debía olvidar que había entre aquellos hombres un ex espía ruso, que quizá llegara a obtener sabrosas conclusiones sobre la señorita Montfort.

Sin embargo, cuando vio a Wong Tei caminar hacia su casa, y atraer hacia él con una seña a uno de los hombres uniformados con

«mono» y armado de metralleta y pistola, la alarma sonó en la condicionada mente de la mejor espía del mundo.

Acabó de cerrar la puerta de atrás, corrió hacia la salita de la casa, y se sentó en un sillón. Un minuto más tarde, Wong Tei aparecía, procedente asimismo de la parte de atrás de la casa.

—Ah, señor Tei —le sonrió Brigitte—, encantada de verle de nuevo.

—¿Se aburre usted? —sonrió el chino.

—No suelo aburrirme nunca —rechazó Brigitte—. A decir verdad estaba pensando en ponerme a tomar el sol ahí fuera, pero me ha parecido una innecesaria provocación.

—¿Provocación tomar el sol? —se sorprendió Wong.

—Es que me gusta tomarlo desnuda —rió Brigitte, deliciosamente—… Y quizás eso alteraría un poco a sus amigos.

—Seguramente sería así —asintió Wong—. Es usted muy discreta y prudente. Mmm… Quisiera hacerle una pregunta de índole casi personal, señorita Montfort. No conteste si no quiere, ya que se trata sólo de curiosidad personal.

—Espero poder complacerle, señor Tei.

—Gracias. ¿Es usted Baby, de la CIA?

—Sí —sonrió Brigitte.

Wong Tei, que al parecer quería divertirse un poco, respingó fuertemente, y la mano derecha, que hasta entonces había estado en el bolsillo, apareció con la navaja; se oyó el chasquido del muelle, y la hoja apareció, reluciente…

Para entonces, a Wong Tei le faltaban fracciones de segundo para morir. Todavía estaba saliendo del mango de la navaja la hoja de acero cuando la señorita Montfort ya se había puesto en pie de un salto…, salto que la llevó ante Wong Tei, y que terminó con un espantoso puntapié en los genitales del chino, que emitió un gutural sonido, soltó la navaja, y se encogió… El puño derecho de Brigitte le alcanzó en la sien izquierda cuando Wong todavía estaba cayendo, ya prácticamente muerto. Sonó el chasquido del impacto, la cabeza de Wong Tei se agitó como si fuese un *puching-ball*, y el chino rodó por el suelo, muerto.

Brigitte se inclinó rápidamente sobre él, y lo registró. No llevaba más armas. Recogió la navaja, escondió la hoja en el mango, y guardó el arma en el escote. Acto seguido se acercó a la ventana

desde la cual podía contemplar el desierto.

—Es una locura —susurró—... Tienen coches, caballos, un helicóptero... ¡Me alcanzarían en cuestión de minutos!

Volvió al centro de la sala, y se quedó mirando el desencajado rostro de Wong Tei. Chocante: le salía sangre por la nariz y por un lado de la boca. Sus ojos desorbitados parecían dos espejitos negros.

De pronto, Brigitte recordó que había visto a Wong Tei llamando a uno de sus hombres. ¿Se había limitado a darle alguna orden, o el hombre esperaba fuera, ante la puerta?

Fue hacia ésta, rápidamente, aspiró hondo, y la abrió de pronto... El hombre que había allí se sobresaltó, y la miró con los ojos muy abiertos.

—¡Menos mal que está usted aquí! —exclamó Brigitte, que parecía histérica—. ¡Venga, al señor Tei le ha ocurrido algo, parece que se ha desmayado...!

El hombre entró rápidamente, y corrió por el pasillo hacia el interior de la casa. Brigitte corrió tras él, sacando la navaja de su escote, y apretando el resorte que hacía salir la hoja. El hombre de la W. A. llegó a la puerta de la sala, dio un paso hacia dentro, vio a Wong, se detuvo en seco, y, lanzando una exclamación, se volvió vivamente hacia Brigitte, llevando las manos a la metralleta que pendía de su cuello por la correa.

La última visión de su vida fue aquel centelleo que acudía hacia él, y, más allá, el rostro de la señorita Montfort. Al instante siguiente, la navaja se hundía completamente en su garganta, y el hombre se olvidó de todo. Soltó la metralleta, alzó las manos, y dio un tirón del mango de la navaja... Un chorro de sangre brotó como a presión por la herida, el rostro del hombre se desencajó, quedó blanco como leche. Dio un paso hacia delante y cayó de bruces.

Eso fue todo.

Siete minutos más tarde, las cosas habían cambiado: el hombre estaba en ropa interior, y la señorita Montfort llevaba puesto su «mono». Se recogió el cabello hacia arriba, y se puso la gorra tipo kepis del hombre de la W. A. Luego, se colgó del cuello la metralleta, y acto seguido se colocó el cinto con la pistola metida en la funda militar.

Volvió a la puerta de atrás, la abrió, y salió, con toda naturalidad. El sol era cegador. Durante unos segundos, Brigitte

permaneció allí, mirando hacia los porches. No había nadie allí, es decir, que sólo debían de estar mirándola los de los tejados. Y entre el cegador sol y el «mono» todo se mostraba a favor de la espía…, hasta cierto límite.

Haciendo lo posible por disimular su paso siempre tan femenino, Brigitte echó a andar lentamente, como un vigilante más bien aburrido, hacia el helicóptero. Posiblemente, tras ella, en el tejado de la casa que acababa de abandonar, un hombre la estaba mirando. Era el más cercano, pero sólo podía verla de espaldas.

En medio minuto Baby se hallaba a sólo veinticinco metros del helicóptero, siempre caminando como quien no sabe adónde dirigirse para aburrirse menos. De pronto, se dirigió resueltamente hacia el helicóptero. Al otro lado de éste, a más de setenta metros, dos de los hombres de los tejados se habían vuelto, y la miraban… La tensión era terrible, Brigitte notaba tensos todos sus músculos, pero sabía que si echaba a correr le dispararían.

Desde un tejado, un hombre gritó algo. Brigitte no corrió. Se detuvo, alzó un brazo, y luego señaló hacia el helicóptero, como si hubiera visto algo extraño en el aparato. Continuó caminando…, y cuando estaba a cinco metros del helicóptero corrió, subió al aparato, y dio la ignición. A través del parabrisas vio los rostros de tres hombres estupefactos mirando hacia allí. Las aspas giraban ya con fuerza, velozmente. Brigitte accionó el mando, y el helicóptero perdió contacto con el suelo…

Lo último que vio antes de dedicarse por entero a los mandos, fue el rostro de Anton Popov, el cual aparecía corriendo en el porche y saltaba de éste, a pleno sol, gritando algo.

* * *

—¡Disparad! —aullaba Popov—. ¡Disparadle, disparadle!

Pero entre el desconcierto y el ruido del helicóptero, su orden no fue comprendida a tiempo. Cuando su voz podía oírse, el helicóptero había pasado ya por encima de los edificios de madera, adobe y piedras del pueblo del Oeste.

En la explanada, Popov aullaba, descompuesto de furia, y de pronto echó a correr hacia la casa donde había estado como «invitada» la señorita Montfort. Segundos después, desde la puerta

de la sala, veía los cadáveres de Wong Tei y del hombre de la W. A. en paños menores.

Tras él llegaron los demás, casi pisándole los talones, seguidos por un par de hombres con «mono». Fuera se oía el bullir de los demás hombres. Allí dentro, durante unos segundos, reinó el más absoluto silencio. Por fin, Popov se acercó a Wong Tei. Todos sabían ya perfectamente cómo había muerto el hombre del «mono», pues se veía la navaja en su garganta, pero no parecía que Wong tuviera herida alguna.

—Lo ha matado de un golpe en la sien —murmuró Popov, arrodillado junto a Tei.

—Quizá Wong se cayó y se golpeó con algo —dijo Gardel.

—Claro que no —dijo Masao Eisako—. Lo ha matado ella. Si es Baby, y todo parece indicar que puede serlo, no ha tenido ni para empezar con Wong, que debió de confiarse demasiado.

—¡Tenemos que salir tras ella! —exclamó Requena.

—¿Perseguir un helicóptero con coches? —masculló Weisser.

—No puede llegar muy lejos —dijo el piloto, que estaba tras ellos—… Quedaba combustible para quince o veinte millas como máximo.

Se volvieron todos vivamente hacia él, y Aldemar exclamó:

—¿Estás seguro?

—Sí señor. Precisamente pensaba llenar el depósito esta tarde, cuando hiciese menos calor.

—Reúne inmediatamente una docena de hombres y sacad los tres coches —ordenó Popov—. Masao, Walter y yo iremos con vosotros. Los demás, permaneced aquí, y estad atentos a una posible llamada por la radio desde nuestra base en Las Vegas. ¡Vamos, deprisa!

En un minuto, los tres automóviles salían del supuesto rancho de recreo, cargados de hombres armados.

Y casi enseguida vieron el negro humo que ascendía hacia el cielo.

Cinco minutos más tarde, tras recorrer un trozo de desierto que parecía capaz de romper las mejores ballestas del mejor coche, la expedición perseguidora se detenía a poca distancia del humeante helicóptero.

—Se ha estrellado —murmuró Walter Weisser.

—Vamos a utilizar los extintores de los coches —dijo Anton Popov—. Tenemos que sacar su cadáver de ahí, pero sobre todo apagar ese fuego y eliminar ese humo, antes de que sea visto y atraiga a alguien.

Todos salieron de los coches, y tres hombres utilizaron los extintores para sofocar el incendio, muy reducido debido precisamente a la escasez de combustible. Cuando las pocas llamas fueron apagadas y el humo eliminado, todos estaban ya silenciosos y sombríos.

Dentro del helicóptero no había cadáver alguno.

—Por supuesto que es Baby —murmuró Masao Eisako.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Weisser.

—Que se nos ha escapado.

—¡Escapado! —Bufó el alemán—. ¿Adónde demonios ha de escapar? Quizá no sabía manejar bien el helicóptero, perdió el control, y comprendiendo que se iba a estrellar prefirió saltar cuando estaba muy cerca del suelo. Seguro que está cerca de aquí, con las piernas rotas, escondida.

—No —rechazó hoscamente Anton Popov—. Te voy a decir lo que ha hecho esa mujer, Walter… Se dio cuenta de que tenía poco combustible, y que si seguía volando hasta agotarlo se iba a estrellar. Entonces, prefirió tomar tierra, disparó contra el depósito para incendiar el helicóptero, y fue a esconderse en cualquier parte.

—Eso es absurdo. Ella tenía que comprender que veríamos el humo, que vendríamos…

—Eso es lo que quería: que viniéramos aquí, viésemos el helicóptero ardiendo, y creyésemos que ella estaba dentro. Al menos, lo ha intentado. Lo que ella pretende es que, creyendo que está muerta, nosotros no nos preocupemos, y permanezcamos en el rancho…, mientras ella, a pie, intenta encontrar un camino, o una carretera, parar un vehículo, y llegar así a la población más cercana, desde donde avisará a la CIA, para caer sobre nosotros.

—¿Realmente crees eso? —Pareció espantarse el alemán.

—Sé lo que te digo —Popov miró a Eisako—… ¿Tú qué opinas, Masao?

—Estoy de acuerdo contigo —asintió el japonés.

Weisser, que miraba de uno a otro, exclamó.

—¡Pero podemos perseguirla, buscarla con los coches! Ella va a

pie, la encontraremos enseguida…

—No —rechazó de nuevo Popov, señalando a su alrededor—… Destrozaríamos los coches por estos lugares. Y naturalmente, ella, que en efecto va a pie, está eligiendo el peor camino para un vehículo normal. Y tiene una pistola y una metralleta.

—Por todos los demonios… ¡Todo eso no puede tramarlo y hacerlo una mujer! —gritó Weisser.

—Ésta sí —dijo secamente Popov—. Volvamos.

—¡Pero es una locura dejarla escapar!

—Si escoge los peores caminos, tardará horas en salir de este desierto. Y desde luego, nosotros no vamos a perder el tiempo buscando una presa que quizá, pese a todo, se nos escape y consiga su objetivo… ¿No comprendes que eso es lo que ella quiere? ¡Tenemos que volver al rancho, recogerlo todo y marcharnos! ¡Maldita sea la hora en que se me ocurrió utilizar a Brigitte Montfort!

Capítulo VI

Otra de las facetas de la señorita Montfort que habría puesto de punta los cabellos a Walter Weisser, era la audacia. Una audacia que la había convertido en la reina mundial de espionaje, indiscutiblemente. Una audacia que, mientras todos en el rancho creían que estaba alejándose de éste, la llevó precisamente de regreso al lugar.

Pero no sólo era audaz, la señorita Montfort, sino mucho más inteligente de lo que el ex espía ruso estaba dispuesto a admitir. Y utilizando esa inteligencia, Brigitte había previsto la reacción de la World Alliance con tal exactitud, que ahora, mientras de lejos, tendida en el áspero terreno, observaba la desbanda, sonreía irónicamente.

No podía ver lo que sucedía dentro del reducto formado por las casas, pero sí había visto ya salir los camiones, por supuesto, cargados con los «soldados» de la Alianza Mundial y con parte de los habitantes de Golden Shores. Cuando llevaba casi una hora de observación, impávida bajo el sol, llegaron tres camiones más, éstos mucho más grandes, provistos de ocho parejas de ruedas. Camiones pintados de un verde oscuro en el cual apenas destacaban las letras pintadas en los lados.

Y como la señorita Montfort quería ver aquellas letras, todavía se acercó más, hasta que lo consiguió, arriesgándose al máximo. Pero todos estaban demasiado ocupados para pensar que a unos sesenta metros, pegada de vientre al terreno, la «simpática» invitada lo estaba viendo todo y tomando nota mental de todo. Distinguió incluso un par de matrículas, y, por supuesto, por fin, las grandes letras de uno de los camiones: CALIFRUITS LTD., San Fernando.

El nombre le gustó. Califruits. Bonita combinación de las palabras California y Frutas. San Fernando. Muy bien.

Cuando todos los camiones hubieron partido, Brigitte

comprendió que ya no quedaba en el rancho ni un solo prisionero. Cinco minutos más tarde, salieron dos de los automóviles de turismo…

—Falta uno —susurró la espía.

Estaba impaciente por que también el tercer coche se alejase, para terminar su plan. Pero el tercer coche no salía del rancho. Y la audaz espía se planteó la situación bajo un nuevo punto de vista. Un solo coche. Muy bien: ¿cuántos hombres podían ir en un solo coche? ¿Cuatro, cinco, seis…? Muchos menos que la cantidad de balas que ella tenía entre la metralleta y la pistola.

Se puso en pie y echó a andar decididamente hacia el rancho. No se oía nada. Pasó por la estrecha separación entre dos casas, y enseguida, al asomarse a la explanada, vio el coche, detenido ante la casa en la que ella había desayunado con los miembros de la World Alliance. Junto al coche distinguió a Masao Eisako. Era inconfundible. No había nadie dentro del coche, pero indudablemente el japonés esperaba a alguien. Alguien que estaba dentro de la casa, y que tardaba tanto que el japonés dio muestras de impaciencia, y, finalmente, entró.

Baby no titubeó ni un segundo. Corrió hacia el coche, se colocó de modo que se interpusiera entre ella y la casa, y esperó. Hubiese podido escapar con el coche, pero eso implicaba el riesgo de que salieran en aquel momento, disparasen, y alcanzasen el vehículo, lo que la colocaría en una situación realmente apurada. Y además, quería ver qué esperaba Masao Eisako. Ya tendría tiempo de escapar con el coche…

Dos minutos más tarde apareció Eisako, seguido de dos de los «soldados» de la World Alliance, que transportaban una emisora de radio. Claro, habían tenido que desmontarlo todo, pero no habían podido hacerlo hasta que la operación de evacuación estuvo terminada, para comunicárselo así a otras personas… ¿Qué personas y dónde estaban?

En el momento en que Masao Eisako, seguido de los dos hombres cargados con la emisora descendían del porche, la señorita Montfort sacó por la parte posterior del coche la punta de la metralleta.

—Quédense quietos —ordenó.

La sorpresa fue brutal para los tres hombres. La mirada de

Eisako pareció saltar hacia el coche, vio la metralleta y un ojo de la señorita Montfort, y parpadeó, como máxima muestra de sorpresa. Los otros dos hombres estaban paralizados.

—Dejen la emisora en el suelo —siguió ordenando Baby—, vuélvanse de espaldas a mí, y despréndanse de sus armas. Luego, de uno en uno, acérquense aquí, caminando de espaldas. Usted el último, señor Eisako.

Masao Eisako aspiró hondo, asintió, y comenzó a volverse…, llevando ya la mano hacia la axila donde, ahora sí, llevaba una pistola. La empuñó rápidamente, y, en lugar de terminar de volverse, giró hacia Brigitte, gritando:

—¡Disparadle, disp…!

En el momento en que los dos hombres dejaban caer la emisora para recurrir a sus metralletas que colgaban de sus cuellos, Brigitte apretaba el disparador de la metralleta, en corta ráfaga que se concentró íntegra en el pecho del japonés, que saltó hacia atrás soltando la pistola y lanzando su último grito. Su cuerpo chocó con el de uno de los hombres, dificultándole su acción agresiva contra Brigitte.

Pero el otro estaba ya encarando su arma hacia el coche, y Baby disparó otra corta ráfaga, que zarandeó al hombre fuertemente y lo tiró de espaldas sobre la acera del porche de la casa. El otro, que finalmente había caído al suelo empujado por el cadáver de Eisako, rodó hacia su izquierda, empuñó por fin la metralleta, y disparó una ráfaga, también breve y no demasiado bien dirigida, pues las balas, casi a ras de suelo, reventaron los dos neumáticos de atrás del coche y alzaron una breve polvareda.

Brigitte, que había saltado hacia su izquierda y atrás para protegerse con el coche, cayó finalmente sentada. Y una vez más sus reflejos de una larga vida de peligros salvaron esa vida, pues nada más caer sentada comprendió que el hombre tendido en el suelo la iba a ver por debajo del coche, aunque sólo fuese sus piernas… Así que rodó hacia un lado…, esquivando, en efecto, la siguiente ráfaga, y se puso en pie de un salto, dejando caer la metralleta y recurriendo a la pistola.

Corrió hacia el morro del coche, se asomó, y vio al hombre buscándola con ojos desorbitados… Se vieron casi al mismo tiempo uno a otro. Casi. La pequeña diferencia fue que cuando el hombre

quiso cambiar su línea de tiro Brigitte ya estaba disparando. La bala acertó al hombre en el hombro izquierdo, por encima de la clavícula, y, dada su posición de tendido, penetró verticalmente en su torso, desde el hombro hacia el interior del pecho… Un gemido, y la súbita relajación del «soldado» de la W. A., hizo comprender a Brigitte que la lucha había terminado. Se acercó al hombre, sin dejar de apuntarle con la pistola, pero el hombre alzó dificultosamente la cabeza, la miró, y emitió otro gemido. Brigitte se arrodilló junto a él, y le dio la vuelta, colocándolo cara al cielo. La palidez de aquel rostro era mortal, pero los ojos del hombre estaban llenos de ansia de vida, de súplica.

—Me estoy… muriendo… —jadeó.

—¿Adónde han ido los jefes de la W. A.? —preguntó Baby, implacable—. ¿Adónde tenían que llevar la emisora?

—No… lo sé…

—Sí lo sabe —dijo duramente Brigitte—. Y si no me lo dice lo voy a dejar morir aquí como un perro rabioso. Pero si me lo dice, lo llevaré a un hospital. ¿Hay alguno cerca? ¿Dónde estamos?

—Estamos… estamos… a… a treinta… millas al norte de… de Las Vegas… Las Vegas… Las…

—¿Iban hacia allí? ¿Iban a llevar la emisora a Las Vegas?

—Sí… Sí.

—¿Los demás han ido allí? ¿Tienen otro punto de reunión en Las Vegas?

—Sólo sé… que íbamos… que íbamos a… Las Veg…

El hombre no dijo nada más. Se quedó mirando a Brigitte, como si de pronto se hubiera convertido en piedra. No se agitó, no tuvo convulsión alguna. Simplemente, murió. Brigitte estuvo unos segundos observando su rostro, ansioso, angustiado. Bajó sus párpados, se volvió, y miró las ruedas de atrás del coche, reventadas.

Hizo sus cálculos rápidamente. Si estaban a treinta millas al norte de Las Vegas significaba que hacia el oeste, a menos de veinte millas, estaba la localidad de Indian Springs. Diez millas menos. Y en Indian Springs también había teléfono.

Un minuto más tarde, la señorita Montfort se alejaba del rancho de recreo a más que buena velocidad…, cabalgando a pelo uno de los caballos que había encontrado en el establo.

* * *

Cuando sonó el teléfono, Frank Minello estaba sentado en un sillón de su cabaña en el Golden Coast Motel, con la cabeza caída en el hueco de sus manos. La alzó vivamente, y miró con ojos muy abiertos el aparato. Los cuatro hombres que había con él también miraron el teléfono, y uno de ellos lo señaló.

—¿Quiere que conteste, señor Minello?

—Sí —murmuró Frankie—… Debe de ser para uno de ustedes.

Eran cuatro agentes de la CIA. Los había llamado él, utilizando una de las radios que había encontrado en el maletín de Brigitte, que no había querido llevarlo a su cita con el ruso en el Happy Stop, aquel maldito parador… Quizás había hecho mal, pero los había llamado. Y ellos se habían presentado inmediatamente, le habían escuchado, no poco sombríos, y se habían quedado con él, a la espera de noticias.

Pero Frank Minello tenía la acongojante certeza de que esta vez no llegarían noticias. Esta vez la habían matado. Habían matado a Brigitte, aquel ruso la había matado. ¡Oh, Dios, si la habían matado él buscaría a aquel Popov aunque…!

—Es para usted —dijo el agente de la CIA, sonriendo, tendiéndole el auricular.

Minello se quedó mirando, aturdido, la sonrisa de aquel agente de la CIA, de aquel Simón. Una sonrisa ancha, feliz como pocas había visto Frankie en su vida. La comprensión de lo que significaba aquella sonrisa le hizo llegar al teléfono de un salto.

—¡Brigitte! —aulló—. ¡Brigitte, ¿eres tú?!

—¡Dios…! Pe-pe-pero ¿dónde… qué… cómo…? ¡¿Estás bien?!

—Sí… ¡Sí, te escucho, te escucho, no diré nada más!

—¿…?

—Pues sí… Era un Simón. Hay cuatro conmigo aquí. Los llamé porque…

—Sí, te escucho. ¡Te escucho, ya me callo!

Durante tres minutos, Frank Minello estuvo escuchando. Luego, simplemente, la comunicación se cortó, y él colgó también su auricular, lentamente. Miró a los cuatro expectantes espías, y, de pronto, sonrió.

—Zambomba —dijo—… ¡Zambomba, acaba de nombrarme jefe

del Sector California, y resulta que todos ustedes van a tener que hacer lo que yo diga! ¡Zambomba, zambomba, y mil veces zambomba, está viva y tan campante!

—¿Qué es lo que tenemos que hacer? —sonrió un Simón.

—¡Pues en primer lugar…! —aulló Frankie Minello.

* * *

Hacia las seis de la tarde, el despliegue de la CIA era total. Discretísimo, pero total. Todo el personal disponible en los estados de California, Nevada, Arizona y Utah se había ido concentrando, utilizando diversos medios de transporte, en la zona que por medio de Minello había indicado Brigitte. Esa zona, naturalmente, era la que Brigitte había visto señalada con alfileres de rojas cabezas en el mapa de los miembros de la Alianza Mundial. Pero la concentración tenía un objetivo básico: encontrar un convoy de camiones entre los cuales hubiera tres de la Califruits Ltd., o, al menos, los camiones de esta empresa, con el convencimiento de que los otros no podrían estar muy lejos, ya que, según Baby, todos los camiones cargados con cuatrocientas personas se dirigían al mismo lugar.

Y mientras se procedía a esta búsqueda de modo discretísimo, Brigitte, Minello y dos agentes de la CIA volaban en un helicóptero desde Indian Springs a Las Vegas. Al mismo tiempo, otros dos helicópteros, con cinco agentes de la CIA en cada uno, se dirigían hacia el rancho de recreo, para ocuparlo, examinarlo, y, sobre todo, para recoger la emisora allí abandonada por Brigitte y llevársela a ésta, en uno de los helicópteros, a Las Vegas.

En Las Vegas, una gran camioneta esperaba en el desierto, a un par de millas de la ciudad. Una gran camioneta que era un centro de coordinación y comunicaciones volante de la CIA.

A las seis y media, Baby se instalaba en este centro coordinador rodante, donde había media docena de agentes atendiendo todas las comunicaciones y noticias. Los camiones ya habían sido avistados, y además había llegado desde la Central, por medio de estaciones intermedias, la noticia de que desde Washington había partido en un reactor, hacia Las Vegas, un hombre que no tardaría más de una hora en llegar. Un hombre al que se le dio el nombre de Top Secret, y que sólo la tremenda presión ejercida en el Pentágono por *Mr.*

Cavanagh, había movilizado hacia Las Vegas. En circunstancias ordinarias, Mr. Cavanagh, el Jefe del Grupo de Acción de la CIA, y por tanto jefe directo de Baby, y sobre todo gran amigo personal, no habría podido sacar de Washington al señor Top Secret. Pero cuando le llegó el mensaje de que Baby quería en Las Vegas para aquella misma tarde a un caballero de determinadas características, Cavanagh utilizó todos sus recursos, aunque sólo el último dio resultado: la llamada a la Casa Blanca notificando que la agente N. Y. 7117, Baby, necesitaba inapelablemente en Las Vegas a determinado caballero. Y sin más el señor Top Secret había salido de Washington en avión especial alrededor de las dos de la tarde.

—¡Zambomba! —exclamaba de cuando en cuando Minello—. ¡Zambomba, zambomba!

La capacidad de organización y dirección de Brigitte lo tenía aturdido, aunque ya la conocía. En cuestión de horas, Brigitte había organizado tal tinglado que ni una mosca podría escapar de su control en la zona vigilada.

Y lo primero que cayó en las redes tendidas no fue precisamente una mosca. Nada más llegar al centro coordinador establecido en la camioneta estacionada cerca de Las Vegas, el jefe del centro informó a Brigitte:

—Tenemos los camiones.

—¡¿Cómo que los tienen?! —Respingó Brigitte.

—Quiero decir que sabemos dónde están. Pero siguiendo sus instrucciones se les está dejando circular libremente.

—¡Menudo susto me había dado! —protestó Brigitte—. Espero que nadie olvide en ningún momento que dentro de esos camiones hay cuatrocientas personas, Simón. ¿Dónde están y hacia dónde parece que se dirigen?

—En estos momentos están circulando hacia el norte, muy cerca de Diamond Valley. Tenemos preparado un mapa del estado. Vea, hace quince minutos estaban aquí.

Simón señaló el punto en el mapa clavado a un panel. Brigitte se quedó mirándolo, desconcertada. ¿Iban hacia el norte? Eso no tenía sentido, porque la zona que ella había visto señalada con alfileres de cabeza roja estaba hacia el sur, concretamente en Indian Spring Valley y un amplio sector alrededor. ¿Podía haberse equivocado ella? Claro que había visto el mapa desde lejos…

—No lo entiendo —murmuró—… ¿Seguro que van hacia el norte?

—Sí, seguro.

—Bien… Quizá yo me equivoqué, pero no lo creo. ¿Están localizados todos los camiones, los seis?

—No. Sólo los de la Califruits.

—No importa. Que no pierdan de vista esos tres camiones y los otros tres se reunirán con ellos tarde o temprano. Hacia el norte… No lo entiendo. Pero esperaremos. Supongo que tenemos un par de muchachos esperando a Top Secret en el aeropuerto.

—Desde luego.

—Bien. ¿Cuándo llegará el gas?

—De un momento a otro.

—No quiero que nuestro grupo de comandos olvide ni un instante que ellos disponen de cuarenta o cincuenta hombres bien entrenados. ¿Frankie?

—¡Aquí estoy! —saltó Minello.

—Vas a ir de asesor de Simón-Comando, recordándole continuamente todo lo que te he explicado desde que nos hemos reunido en Indian Springs…

—¡Cómo, de asesor…! ¡Yo quiero intervenir!

—Lo harás en la medida en que lo haga Simón-Comando. No te separarás de él. Si él toma parte en la acción, tú también. Pero vas en puesto de mando, básicamente. Lo repetiré una vez más: dentro de esos camiones, mezclados con los prisioneros, hay cuarenta o cincuenta sujetos bien entrenados y sin escrúpulos. Y disciplinados…

—¿Cómo sabes eso?

—Recuerda que actuaron como marines en el secuestro de la población de Golden Shores…

—¡Vaya una cosa! Todo lo que tenían que hacer era conseguir uniformes y armas. ¡Eso lo hace cualquiera!

—Me parece que eso no lo has entendido bien, Frankie. No utilizaron las armas para meter en los camiones a cuatrocientas personas. Utilizaron la estrategia y la disciplina. Con toda seguridad, se presentaron en Golden Shores al mando de un par de oficiales que aseguraron a las autoridades que se trataba de una emergencia nacional de alto secreto, es decir, que los engañaron

completamente, los hicieron subir a los camiones, y se los llevaron bien lejos después de dormirlos con gas. Eso requiere eficacia y disciplina. Y dinero para comprar todo eso… Mucho dinero. Me gustaría saber de dónde procede todo el dinero que están gastando.

—Pues a mí me gustaría saber qué demonios pretenden.

—Eso lo sabremos cuando llegue Top Secret.

—Apostaría mi pescuezo a que tú ya sospechas algo al respecto —dijo Minello, convencido.

—No… No.

Se conocían demasiado bien para que Brigitte engañara a Frankie, pero éste no insistió. Se limitó a mirarla socarronamente, y encogió los hombros. Diez minutos más tarde llegó Simón-Comando con la dotación de gas, en una camioneta, y se presentó a Brigitte. Tras los saludos, Brigitte presentó a Minello, el cual se apresuró a llevar aparte a Simón-Comando para charlar con él.

Diez minutos más tarde llegó un informe por radio asegurando que los tres camiones de la Califruits habían cambiado de ruta. Ahora regresaban hacia el sur.

—Hacia el sur —murmuró Brigitte, mirando el mapa—… Es decir, que no me equivoqué: su objetivo es Indian Springs Valley, algún lugar de ahí…

—No hay nada ahí —dijo Simón-Control.

—Sí hay algo —dijo Minello—: está precisamente el rancho donde tú estuviste, Brigitte. Bueno, está muy cerca, ¿no?

—Relativamente cerca. Pero ése no es el objetivo, naturalmente. Claro que no… ¿Verdad que llega un helicóptero?

Los demás aguzaron el oído, y a los pocos segundos asintieron. En efecto, llegó un helicóptero procedente del rancho de recreo, con la emisora que había quedado allí abandonada. Brigitte ordenó que fuese instalada en la gran camioneta de la CIA y puesta a punto para funcionar, bien entendido que en ningún momento debían tocar el dial que determinaba la onda.

—No me digas que piensas llamar por la radio a esa gente —se pasmó Minello.

—Más o menos —sonrió enigmáticamente Brigitte.

—No sé qué estás tramando en ese sentido, pero esa gente ya debe de haberse marchado de Las Vegas. Debían de esperar que el japonés se reuniese con ellos llevando la emisora, y no ha sido así.

Por fuerza han tenido que comprender que le ha ocurrido algo, de modo que habrán alzado el vuelo.

—Lo que dices tiene sentido, lo admito —reconoció Baby—, pero no tenemos otra cosa, Frankie. Además, tengo el presentimiento de que ellos permanecen en Las Vegas.

—¿Por qué?

—Me dio la impresión de que no deseaban abandonar esta zona…, en la que al parecer se consideran a salvo.

—¿A salvo de qué?

—¡No lo sé! ¡Y ese dichoso señor Top Secret sin llegar!

La impaciencia de Brigitte terminó cuando, poco después, procedente del aeropuerto de Las Vegas, llegó un coche con cuatro hombres dentro. Tres de ellos eran agentes de la CIA, altos, fuertes, jóvenes, todos del Grupo de Acción. El cuarto hombre, al que Minello miró con gran curiosidad, era la antítesis de la acción. De mediana estatura, ligeramente obeso, facciones blandas…, pero unos ojos fríos y taladrantes tras los cristales de sus gafas. Debía de tener casi sesenta años.

—Siento haberle obligado a emprender este viaje tan largo y precipitado, señor —dijo Brigitte.

—Y yo espero —dijo Top Secret, con voz neutra— que sea por algo justificado. ¿De qué se trata?

Fue casi un choque, debido a la actitud de Top Secret. Frankie y los Simones que había en la camioneta lo miraron con mal disimulada hostilidad. Brigitte se limitó a apretar un instante los labios, y enseguida aceptó sostener la entrevista en términos duros y secos. Señaló el mapa con un rotulador, y trazó un círculo rojo en la zona que ella había visto señalada con alfileres. Luego, miró fijamente a Top Secret, y preguntó:

—¿Qué hay aquí?

—Nada. Montañas. Eso es Indian Springs Valley.

—Ya aprendí geografía en la escuela, señor —dijo casi melosamente Brigitte—, y le aseguro que, como en casi todas las asignaturas, mi calificación fue excelente. ¿Qué hay aquí?

—Montañas. Un valle.

Durante unos segundos, Brigitte estuvo mirando inexpresivamente al hombrecillo, cuyos rasgos se habían endurecido. Sin embargo, había en su boca como un rictus

estremecido.

—Señor: ¿sabe usted con quién está hablando? —murmuró por fin Brigitte.

—Por supuesto: con Baby.

—Muy bien. ¿Qué hay aquí? —volvió señalar.

—Usted no está en la lista de personas indicadas para estar al corriente de esa información —susurró Top Secret.

—¿Está en la lista el Presidente de los Estados Unidos?

—Naturalmente.

Brigitte asintió, y miró a Simón-Control.

—Simón, consiga comunicación con el señor Presidente.

—*Okay*.

—Esperen —jadeó Top Secret—… Ya hablé yo con él, por su línea privada, antes de salir de Washington.

—Ah. ¿Y qué hablaron?

—Bueno, él me dijo… que debía hacer lo posible por no informar a nadie. En realidad, estoy aquí no para decirlo, sino para saber quién se ha enterado de lo que hay ahí.

—¿De veras? —Alzó las cejas Brigitte—. ¿Quiere usted saber quién se ha enterado de lo que hay en Indian Springs Valley o en las cercanías de ese lugar? Pues yo voy a informarle de eso con muchísimo gusto. Se han enterado de lo que hay en ese lugar un grupo de personas que se hacen llamar World Alliance, y que son los responsables del secuestro de la población de Golden Shores, California. Disponen de seis camiones y cuarenta hombres bien entrenados para todo. Dentro de esos seis camiones, vigilados por esos cuarenta hombres armados, las cuatrocientas personas secuestradas en Golden Shores se están dirigiendo en estos momentos hacia Indian Springs Valley. Mientras tanto, los dirigentes de la World Alliance están en Las Vegas, con una radio, esperando noticias. ¿Le sugiere esto algo a usted?

Top Secret estaba lívido, fija su mirada en la zona señalada con color rojo en el mapa.

En el momento en que parecía que iba a decir algo, el Simón que atendía la radio advirtió:

—Llega información.

Se colocó los auriculares y estableció el contacto. Mientras hablaba, todos estuvieron pendientes de él. Cuando el diálogo

terminó, Simón miró a Brigitte.

—Los tres camiones de la Califruits se han detenido, y catorce hombres, cada uno de ellos con una maleta, han subido a uno de los camiones. El que va en el centro. Luego, han proseguido la marcha hacia el sur. Eso es todo.

Brigitte asintió, y miró de nuevo a Top Secret, que parecía un cadáver puesto de pie.

—Siguen hacia el sur. Hacia Indian Springs Valley. Van a un lugar determinado, tienen un objetivo, un plan… ¿Permitimos que sigan adelante, señor?

—Dios mío… ¡No puedo decirlo, no puedo!

—Le recuerdo que hay varias personas mucho menos de fiar que yo que ya lo saben —dijo fríamente Brigitte.

—Este tipo es un imbécil —masculló Minello—… ¡Imbécil!

—Frankie, por favor —le amonestó Brigitte.

—¿De qué otro modo voy a llamarlo? Le estás diciendo que más de cuatrocientas personas están camino de ese sitio, él está que se muere sabiendo eso, y le está negando información a la persona que puede resolver el problema. ¿Eso no es ser imbécil?

—Yo creo que sí —dijo secamente Simón-Control.

Brigitte miraba a Top Secret, y casi se compadeció de él. El hombre estaba aterrado. Se le acercó, le tomó amablemente de un brazo, y señaló con la otra mano hacia la puerta de la camioneta.

—Venga, señor Top Secret. Daremos un paseo. La brisa del desierto le sentará bien.

Salieron de la camioneta, y se alejaron en silencio. Por detrás de ellos llegaba el resplandor de la iluminación de Las Vegas. Brigitte esperó hasta que se hubieron alejado lo suficiente para que Top Secret tuviera la certeza de que no iban a ser oídos.

—¿Y bien? —preguntó deteniéndose y encarándose al hombre—. ¿Qué hay en Indian Springs Valley?

—El Silo Americano.

—El Silo Americano —parpadeó Brigitte, sintiendo un lento escalofrío en todo el cuerpo—… ¿Quiere decir que tenemos trigo en ese lugar? ¿O maíz?

—Oh, Dios mío, usted tiene que haberlo entendido: ¡tenemos ahí una importante dotación de proyectiles atómicos! Aparentemente, se trata de una insignificante estación para estudios meteorológicos,

pero es uno de los más importantes centros de armamento atómico de los Estados Unidos.

—¿Cuántos proyectiles hay en el Silo Americano?

—Entre sesenta y setenta.

—¿Y pueden ser disparados?

—Naturalmente. En una emergencia, claro.

—¿Significa eso que contamos con ese silo suplementario para replicar a una posible agresión rusa?

—No… No —Top Secret estaba por fin sudando—… Los proyectiles atómicos del Silo Americano no están preparados ni orientados hacia Rusia.

—No me lo diga —jadeó Brigitte—… ¿Esos proyectiles están preparados para ser disparados hacia la propia América?

—América del Centro y América del Sur. Ante la eventualidad de una posible pérdida de control político y económico del resto del continente americano, o de una posible invasión por parte de China o de Rusia por la costa oeste de Suramérica, el Pentágono decidió hace años la instalación del Silo Americano. Es decir, que si en América Central o América del Sur se produjera una circunstancia que implicara peligro para los Estados Unidos de América, nosotros estaríamos preparados en el acto para una… réplica adecuada.

—¿Quiere usted decir… arrasando el continente americano desde la frontera sur de Méjico hasta el cabo de Hornos?

Top Secret bajó la mirada al suelo, y no contestó. Brigitte se pasó las manos por la cara. Unas y otra estaban heladas. El más genuino espanto se había apoderado de la espía internacional.

—Dios se apiade de la Humanidad —gimió.

Capítulo VII

Cuando regresaron a la camioneta los dos estaban tan pálidos que ni siquiera Minello se atrevió a preguntar nada a Brigitte. Ésta señaló la radio, y murmuró:

—¿Hay alguna novedad?

—No —dijo Simón-Control—. Pero tenemos ya preparada la radio que usted les quitó en el rancho. Y por supuesto, los dispositivos de rastreo en Las Vegas están preparados en la ciudad. Si los de la World Alliance están en Las Vegas y contestan a su llamada, los localizaremos con escasísimo margen de error…, siempre y cuando consigamos que ellos mantengan funcionando su emisora de allá no menos de un minuto.

—Yo me encargo de conseguir eso. Avisen a los equipos de Las Vegas que se dispongan a utilizar los más eficaces localizadores dentro de cinco minutos.

—*Okay*.

Simón-Control se dispuso a pasar estas órdenes, mientras Brigitte se sentaba frente a la radio que supuestamente tenía la onda que podría comunicarle con la World Alliance. Frankie se colocó junto a ella, pareció a punto de preguntar algo, y finalmente optó por ofrecerle un cigarrillo.

Brigitte sabía que Popov no era ningún tonto, así que quizá comprendiera que una larga conversación sólo tendría como objetivo localizar su emisora de Las Vegas por parte de los equipos especiales de rastreo de la CIA. De modo que, a menos que inicialmente captase su interés o ganara tiempo de otro modo, cortaría la comunicación tan rápidamente que los equipos de rastreo no tendrían tiempo de nada.

Pero contestar, sí contestarían, quizá todavía con la esperanza de que fuese Masao Eisako quien llamara…

—Todo está preparado —dijo Simón-Control—. El rastreo

comenzará dentro de veinte segundos. Diecinueve. Dieciocho. Dieci…

Brigitte manipuló en la radio, y efectuó la llamada cuando ya hacía diez segundos que la CIA, en Las Vegas, lo tenía todo dispuesto.

—Llamando a Anton Popov —dijo en inglés un tanto defectuoso —… Tatiana Vorovna, de la MVD, llama a Anton Popov. Conteste camarada Popov.

—Llamada recibida —contestó una voz de hombre—. Repita su mensaje.

—Solicito contacto urgente con Anton Popov. Está llamando Tatiana Vorovna, del espionaje ruso.

—No se retire.

Comenzaron a transcurrir los segundos. Brigitte no tenía prisa. Cuanto más tardara Popov en ponerse a la radio, mejor. A su lado, Simón-Control miraba la segundera de su reloj. Los segundos pasaban lentos como nunca. O así se lo parecía a todos. Necesitaban un minuto por lo menos. Sólo un minuto y…

—Popov al habla —sonó la voz del ruso—. ¿Quién llama?

—Repito —comenzó a hablar ahora en ruso Brigitte—: soy Tatiana Vorovna, de la…

—Déjese de tonterías, señorita Montfort. Incluso hablando en ruso reconozco su voz. Y por supuesto, ya me temía algo así. ¿De modo que esperó a que nos fuésemos… y pudo cazar a Masao? ¿Lo mató?

—No —mintió Brigitte—. Lo tenemos prisionero.

—¿De veras? —Sonó irónica la voz de Popov—. En ese caso, no tiene objeto esta conversación: pregúntele a Masao Eisako todo lo que quiera saber. Ya volveremos a vernos, señorita Montfort.

—Espere, Anton… ¡Espere!

—Le concedo diez segundos más. Hable.

—Solicito una entrevista personal con usted para…

—Denegada. ¿Algo más?

—¡Tenemos que hablar, Anton! Usted tiene que escucharme. Iré al lugar que elija y en las condiciones que elija. Dígame lo que quiere que yo haga, y lo haré.

—No hay nada que tenga que decirme que no pueda hacerlo ahora por radio. ¿Qué tiene que decirme?

—¿Alguien que nos esté escuchando ahí sabe ruso?

—No.

—Entonces puedo hacerle mi oferta por radio, en efecto. Escuche, Anton, este enfrentamiento entre nosotros dos es absurdo. Usted me conoce bien, ha oído hablar de Baby durante mucho tiempo, y sabe que cuando hago una promesa…

—¡Vaya al grano!

—¡No me ponga nerviosa! ¡Esto no es una partida de ajedrez por teléfono! ¡Estamos hablando de una auténtica locura!

—¿Qué locura? —se despertó el interés en la voz del ruso.

—¡Usted lo sabe perfectamente!

—Escuche, dígame lo que tenga que decir y acabemos. ¡No voy a concederle más tiempo, estoy muy ocupado!

Simón-Control tocó a Brigitte en un hombro, y puso ante los ojos de la espía su reloj. Ella comprendió: el minuto había pasado, y en Las Vegas, los servicios de rastreo de la CIA comenzaban a tener muchas probabilidades de encontrar la ubicación de la radio de Popov…, siempre y cuando ella continuara manteniendo al ruso ante la emisora.

—Anton, escúcheme atentamente. Tengo conmigo a un hombre que ha llegado de Washington hace unos minutos. Forma parte de los servicios internos del Pentágono bajo órdenes directas de la Casa Blanca… ¿Comprende lo que esto significa?

—Sí.

—Bien. Yo he comprendido ya su proyecto, y quiero hacerle una oferta para…

—¿Ha comprendido mi proyecto? ¿De veras? ¿Cuál es?

—Estamos hablando del Silo Americano, ¿no es así?

Hubo unos segundos de silencio por parte de Popov. De pronto, sonó de nuevo la voz del ruso, sarcástica:

—¿De manera que usted cree que pretendemos arrasar el continente centro y suramericano?

—¿No se trata de eso, acaso?

—Dígame cuál es su oferta.

Brigitte miraba ahora al agente de la CIA que se mantenía en contacto con Las Vegas, y vio cómo, de pronto, el hombre se volvía vivamente hacia ella, y mostraba en alto el pulgar, con gesto de victoria. ¡Habían localizado el lugar donde se hallaba Anton Popov!

Pero Brigitte asintió, y continuó hablando con el ruso.

—Se trata de una oferta personal. No puedo dejar de tener en cuenta que usted sabe ahora quién soy yo, y que una delación de mi personalidad a la MVD podría proporcionarle la consecución de una gran estima personal y cinco millones de dólares. ¿Correcto?

—Correcto.

—Bien: yo le ofrezco cien millones de dólares.

De nuevo hubo un silencio por parte de Popov.

—¿He oído bien? ¿Cien millones de dólares?

—Sí.

—¿A cambio de mi silencio respecto a quién es usted?

—Y de una entrevista personal cuanto antes. Bien entendido que, hasta que esa entrevista se haya realizado, los planes de la World Alliance quedarán paralizados.

—Ya. Mire, se lo voy a decir bien claramente, señorita Montfort: el dinero me tiene sin cuidado, y, en cuanto a usted, le aseguro que espero conseguir satisfacciones mucho mayores que las que obtendría delatando su personalidad de Baby a mis camaradas o a los chinos. No hay trato en ningún sentido, no hay entrevista, no hay nada de nada. Y perdóneme, pero como ya le he dicho, tengo muchísimo trabajo. Buenas noches… y hasta pronto.

La comunicación se cortó. Brigitte no intentó insistir. Se puso rápidamente en pie, mirando a Simón-Control.

—A partir de este momento el personal que está vigilando los camiones de la Califruits deberán mantenerse en contacto ininterrumpido con Simón-Comando —miró a éste—… ¿Todo está preparado por parte de usted y su grupo, Simón?

—Absolutamente todo.

—Pues vayan hacia allá, esperen a que se reúnan todos los camiones, y procedan inmediatamente. Frankie irá con usted…

—¡No! —rechazó Minello—. ¡Te conozco como si fueses mi madre, y no te voy a dejar sola ahora! ¿Qué es lo que quieres hacer?

—Frankie, haz lo que hemos convenido.

—¡No lo haré! ¡Simón-Comando sabe ya todo cuanto tiene que saber, se lo he explicado, y como no es ningún tonto lo ha comprendido! ¿No es cierto, Simón?

—Claro que lo he comprendido —gruñó Simón-Comando—. Pero si Baby dice que usted ha de venir…

—¡Ella puede decir lo que quiera, pero usted no me necesita, yo quiero ir con ella a Las Vegas…, y a mí no puede darme órdenes! ¿Está claro?

Simón-Control miraba a Brigitte.

—¿Va a intervenir usted personalmente en Las Vegas? —preguntó.

—¡Claro que va a intervenir! —gritó Minello—. ¡Si no fuese por eso iría a lo de los camiones! ¡Ella sabe que ahora Popov va a cambiar la onda de su emisora para comunicarse con los camiones y darles las últimas instrucciones, y quiere intentar impedirlo! ¡Y yo iré con ella! ¡Y al demonio todos!

Los agentes de la CIA, e incluso Top Secret, miraban estupefactos al «tonto y atolondrado» Frank Minello, que en cuestión de segundos había demostrado haber conseguido obtener más conclusiones que todos ellos sobre los planes de Baby, y, más sorprendente todavía, sobre los de Anton Popov y su World Alliance.

Por fin, todas las miradas se posaron en Brigitte, que sonrió ceñudamente.

—Pongan en marcha la operación rescate —dijo mirando a Simón-Comando—. En el acto. Los demás, cada cual a su puesto. Vamos a Las Vegas, Frankie.

—¿Lo ven? —saltó éste—. ¿Lo ven? ¡La conozco como si fuese mi madre! ¡Hey, espera…!

Y se lanzó corriendo en pos de Brigitte, que tras recoger su maletín se disponía a saltar del vehículo.

* * *

Un hombre entró en la parte de atrás del coche cuando éste se detuvo en el lugar convenido por medio de la conversación sostenida utilizando radios de bolsillo.

—Soy Simón-Las Vegas —dijo el hombre, mirando a Brigitte—. No puede imaginarse cuánto celebro conocerla.

—Gracias, Simón —Brigitte señaló a Minello, que estaba al volante del coche—. Él es Frank Minello.

—Lo sé —sonrió el espía—. Un gran tipo, sin duda.

—Hombre, gracias —se volvió Frankie, sonriendo—. Me encanta

tratar con gente amable. Y ahora… ¡¿quiere dejarse de tonterías y decirnos dónde está Popov?!

—Según parece, en el casino Las Arenas.

—¿Según parece? —murmuró Brigitte.

—La conversación fue lo suficientemente larga para que localizáramos la emisión, y casi completamente la ubicación de la radio. Pero hay un margen de error de un diez por ciento. De todos modos, casi puedo asegurarle que la radio está en Las Arenas.

—Y naturalmente, de momento no sabemos nada sobre ese casino.

—No hemos tenido tiempo de nada, compréndalo.

—Por supuesto. Bien: ¿está rodeado ese casino?

—Completamente. Además de los coches con los localizadores tengo distribuidos no menos de treinta hombres… Hemos dejado desguarnecidos cuatro estados precisamente para esto, ¿no?

—Sí. Frankie y yo vamos a Las Arenas. Ustedes estrechen el cerco hasta el límite de la no intervención, pero preparados para intervenir en cuanto les llame por medio de la radio. ¿Hay algún problema especial que pueda preocuparnos?

—Sólo el público que entra y sale del casino. Para hacer las cosas como entiendo que usted quiere hacerlo, no podemos impedir esa afluencia continua, esas entradas y salidas de gente. Lo que significa que si hay disparos alguien puede resultar herido…, lo que no debe merecer su aprobación, ¿verdad?

—No, no la merece, pero…

—Podemos recurrir a la Policía para que desaloje el casino, y entrar nosotros acto seguido.

—No. Iba a decir que en esta ocasión no puedo tener… esa clase de miramientos, Simón. Es posible que muera algún inocente, pero si fallamos por consideración a unas pocas vidas, incluidas las nuestras, pueden morir millones de personas, y no sólo eso sino que, por fin, podría desencadenarse el holocausto nuclear mundial.

—¿Nuclear? ¿De qué está hablando? —Palideció Simón.

—No puedo explicárselo. Todo lo que puedo decirle es que vamos a proceder según mi plan inicial.

—De acuerdo —murmuró el hombre de la CIA—. Denos un minuto de tiempo y estaremos preparados para todo.

—Muy bien.

Simón-Las Vegas salió del coche, y se alejó hacia el suyo. Frankie se quedó mirando a Brigitte, cuyo rostro iba variando de color bajo las luces de la calle principal de Las Vegas, la famosísima Strip, de seis millas de longitud, resplandeciente de luces de todos los colores procedentes de los anuncios de hoteles y casinos.

—Sigue a Simón, Frankie.

—Sí… Claro.

Circular por The Strip, atestada de enormes automóviles lujosos, no era precisamente una delicia, pero Frankie se las arregló para permanecer siempre cerca del coche de Simón-Las Vegas. Casi milla y media más adelante vieron por fin el casino Las Arenas. Pasaron por delante, y Minello dijo:

—No va a ser fácil estacionar el coche.

—Ya lo creo que sí —dijo Brigitte—. Déjalo aquí mismo, eso es todo.

—Buena idea —sonrió Minello—… ¡Casi es digna de mí!

Frenó y apagó el motor. Brigitte sacó del maletín la peluca rubia, y se la colocó, ocultando sus negros cabellos. Era ya inútil, ciertamente, intentar ocultar su personalidad, pero debía intentar al menos el factor sorpresa. Se puso también unas gafas de cristales oscuros, y suspiró.

—Me conformaría con ganar sólo un par de minutos antes de que me identifiquen cuando entre ahí.

—He estado pensando…

—No, Frankie.

—Escucha, a mí no me conoce esa gente. Puedo entrar yo solo y…

—Tú tampoco conoces a Popov, ni a ninguno de los otros.

—Oh, bueno, pero tú me has hablado de todos ellos, y yo podría…

—No —dijo Brigitte.

Y salió del coche. Frankie salió también, mohíno.

—Hay proyectiles atómicos en alguna parte de Indian Springs Valley, ¿verdad? —susurró.

—Más de sesenta.

—Lo he comprendido. Pero si tú mueres…, ¿qué puede importarte ya que se disparen o no?

—¿Estás hablando en serio? —susurró Brigitte. Minello se pasó

la lengua por los labios, mirando fijamente a Brigitte. Estaba pálido. Ella sonrió, y le acarició una mejilla—. Frankie, si no hiciera lo que voy a hacer ahora sería traicionar más de quince años de mi vida dedicada precisamente a cosas como ésta. Sé que lo entiendes.

—Sí, lo entiendo —casi gimió Minello—… ¡Pero no me pidas que además lo soporte! Maldita sea, estamos rodeados de locos y malvados, y…

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Brigitte.

Y se dirigió hacia la entrada del casino Las Arenas.

Capítulo VIII

Como en cualquier otro casino, el bullicio era terrible en Las Arenas. Cientos de personas iban de un lado a otro, jugaban y bebían, fumaban, accionaban las máquinas tragaperras… Las Arenas era un casino más bien pequeño, pero tan animado como los demás. El jaleo era terrible, todo estaba lleno de humo. Se oían las voces monótonas de los encargados de algunas mesas de juego… Al fondo, en un pequeño escenario, unas chicas casi desnudas bailaban sin despertar gran interés en nadie.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Frankie.

—La sala no nos interesa, naturalmente. Tenemos que llegar a la zona de servicios administrativos. Si la radio está aquí, la habrán instalado en un despacho, o en cualquier dependencia que no sea utilizada por nadie, ni siquiera por el personal. Ve a preguntar a un camarero dónde está el despacho de la dirección.

—¿Y tú vas a quedarte aquí sola?

—No estoy sola —sonrió Brigitte—: estoy con cientos de personas.

Minello vaciló. En todo momento estaba como pegado a Brigitte, y la idea de apartarse de ella no le hacía gracia en absoluto. Pero Brigitte se colocó ante una máquina tragaperras, y echó una moneda, Minello soltó un refunfuño, y se alejó.

Cuando regresó, Brigitte había perdido ya veinticinco dólares.

—Ya lo tengo —dijo—. ¿Cuánto has ganado?

—He perdido.

—Tonterías —gruñó Minello—. ¡Tú no eres de las que pierden en el juego! ¡Ni en nada! ¡Con la suerte que tienes…!

—Hasta la suerte se acaba, Frankie.

En aquel momento la máquina emitió un chasquido, y un chorro de monedas apareció, formando una cascada brillante.

Los dos se quedaron mirando atónitos las monedas, hasta que

Brigitte lanzó una carcajada.

—¡Según parece, la suerte no se ha terminado todavía!

—Pues sigue jugando mientras yo…

Brigitte lo tomó de un brazo, apartándolo de allí. Un sujeto que estaba en la máquina de al lado advirtió:

—¡Oiga, señorita, su premio…!

—Siga jugando por mí en la misma máquina, ¿quiere? —pidió Brigitte.

Minello la llevó hacia la puerta que había a un lado del pequeño escenario, donde las hermosas muchachas seguían bailando impertérritas. Minello las miró de reojo, mascculló algo, y empujó la puerta que le habían indicado.

Inmediatamente, dos hombres vestidos de esmoquin se colocaron ante ellos. Corteses, pero firmes.

—Perdonen —dijo uno de ellos—. Esta parte del casino no es utilizable por el público.

—Nosotros no somos público —dijo Minello.

—Ah. ¿Buscan a alguien?

—A ti, melón —gruñó Frankie.

El puñetazo alcanzó al hombre en plena barbilla, y lo arrancó del suelo como si fuese de paja, tirándolo dos o tres metros hacia el pasillo. El otro hombre lanzó una exclamación, y llevó la mano derecha hacia la axila izquierda… El puño izquierdo de Minello se hundió en su estómago en un escalofriante impacto en corto, y el hombre pareció convertirse en piedra gris. Un derechazo en el mentón lo tiró contra la pared, tan inconsciente como su compañero. Minello les quitó las pistolas, y se las colocó entre el cinturón y el pantalón, mientras Brigitte miraba hacia el fondo del pasillo, amplio, muy bien iluminado, con el suelo de moqueta roja. A través de la puerta que acababan de cruzar llegaba muy apagado el rumor de la sala.

Brigitte se dirigió pasillo adelante. Se detuvo ante la primera puerta a la derecha, escuchó a través de la madera, y se irguió, moviendo negativamente la cabeza. Frente a esta puerta había otra, pero tampoco allí oyó nada la espía.

La tercera puerta fue la que buscaban. O al menos, eso dedujo Brigitte, al escuchar voces a través de la madera. Cuidadosamente, probó el pomo, que cedió. Miró a Frankie, que empuñó una pistola

con cada mano y asintió. Brigitte abrió de pronto la puerta, y Minello se precipitó dentro del cuarto, esgrimiendo las armas, y aullando:

—¡Que nadie se mueva o…!

No había nadie allí dentro.

Un televisor estaba encendido, y en la pantalla aparecían las imágenes de una película. Era una salita en la que había bastante humo, vasos y botellas en un par de mesitas, algunos sillones, un sofá… Eso era todo.

—Zambomba —gruñó Minello—… ¡Vaya plancha!

Brigitte entró, cerró la puerta, y se acercó al televisor, que apagó. Minello la miró sorprendido.

—¿No te gusta el programa? —masculló.

Brigitte se llevó un dedo a los labios. Parecía estar escuchando muy atentamente…, pese a que no había allí nada que escuchar. O eso le parecía a Minello, que señaló la puerta.

—Deben de estar en el otro…

—Ssst.

Brigitte se acercó a la pared de la derecha, casi completamente ocupada por una librería. La espía comenzó a tocar grupos de libros, con todo cuidado. Cinco o seis segundos más tarde se oyó un chasquido, y una sección de la librería se abrió hacia el interior de ésta, como una puerta… Minello no dio tiempo a Brigitte a hacer nada más. Prácticamente apartándola con un hombro, cruzó aquella abertura, esgrimiendo de nuevo amenazadoramente las dos pistolas, y gritando:

—¡Que nadie se mueva!

Casi se sobresaltó más él que las personas reunidas en aquella sala, pues había temido llevarse un nuevo chasco. Pero no. Había ocho o diez personas reunidas allí, sentadas alrededor de una brillante y sofisticada mesa de modernísimo diseño. Los desorbitados ojos de Minello recorrieron velozmente aquellas caras, y exclamó:

—¡Zambomba, un indio, es verdad!

Brigitte apareció junto a él, empuñando su pistolita. La acción de los dos había sido tan rápida que nadie tuvo tiempo de reaccionar. Es decir, nadie podía contar con una reacción lo bastante rápida, pero Kemal Saleim no lo consideró así, y metió la

mano bajo su chaqueta…

El disparo efectuado por Minello restalló secamente en la sala, y Kemal Saleim cayó fulminando de bruces sobre la mesa, con una bala en el corazón. Su rostro quedó de lado en la mesa, y de su boca brotó un delgado hilo de sangre. Minello estaba lívido. Los demás personajes, que habían iniciado un gesto imitando el de Saleim, optaron por la inmovilidad total. Sentado a la cabecera de la mesa, Anton Popov, demudado el rostro, miraba a la divina espía, entre incrédulo y furioso.

—No debí hablar tanto por la radio —susurró.

—Pongan todos las manos sobre la mesa —ordenó Brigitte.

—Y el que no lo haga —advirtió Minello, señalando con la barbilla a Saleim—, pondrá la cara. Elijan.

Todas las manos se posaron en la mesa. A un lado de la sala, un hombre, sentado a una silla, estaba frente a la radio, instalada adosada a la pared. El hombre miró a Popov, que ni siquiera se dio cuenta. Pero Brigitte sí se dio cuenta.

—Usted —dijo—, coja esa silla, póngala ante la mesa, y colóquese como los demás. Frankie, no los pierdas de vista ni un segundo, y dispara sin vacilar si algo no te gusta.

—Pues ya tendría que estar disparando —gruñó Frankie—, porque no me gusta ninguno de estos tipos.

Brigitte los fue mirando de uno en uno. Allá, además del fallecido Kemal Saleim, estaba Popov, y el resto de los miembros de la World Alliance: Ángel Requena, Aldemar Dos Santos, Walter Weisser, Juan Enrique Gardel, Enzo Pietrangeli, el pigmeo Diko Namoo, y el indio comanche Tah Ni.

Pero había, además, otro hombre, al que Brigitte no conocía. Lo señaló con la pistola.

—¿Quién es usted?

—Aldo Schumaker —murmuró el hombre—, el director del casino.

—Pero no el propietario. ¿Quién es el propietario?

—Bueno…

—La Alianza Mundial —intervino serenamente Popov.

—¿Y de dónde ha sacado la W. A. el dinero para comprar este casino, y para toda la operación del Silo Americano?

—Se gana dinero con el casino —sonrió Popov.

—Pero la cantidad inicial para comprar todas las acciones tuvo que salir de alguna parte. ¿De dónde? ¿Quién les facilitó esa cantidad?

—Yo —sonrió Diko Namoo—. Tengo una gran fortuna en diamantes, señorita Montfort. Descubrí un yacimiento en… África, y lo he estado explotando secretamente.

—De modo que usted es el capitalista…

—Se puede decir así —asintió el diminuto negrito.

—¿Quiere eso decir que están haciendo todo esto por su cuenta, que nadie les ha pagado ni orientado, ni asesorado, ni dado consignas determinadas? ¿Está tratando de decirme que la World Alliance opera por su cuenta, por iniciativa y planes propios, y que no tiene conexiones con ningún país, con ningún servicio secreto, con ningún grupo político o terrorista?

—En este mundo sólo hay un grupo político y terrorista, Brigitte —dijo secamente Anton Popov—. Y precisamente, nosotros nos hemos propuesto terminar con él.

—¿A qué grupo se refiere?

—A un grupo llamado Estados Unidos de América.

Minello se quedó mirando pasmado a Popov. Brigitte pareció no entender durante un segundo. Y de pronto, quedó pálida como un cadáver.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Es usted demasiado inteligente —sonrió Popov—. Mucho más de lo que yo pensaba. Me ha comprendido, ¿no es cierto?

—Dios mío —gimió Brigitte—… ¡Dios, Dios, Dios…!

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Frankie.

—Pasa que la señorita Montfort ha comprendido ya que la Alianza Mundial es una organización benefactora de la Humanidad. ¿No es así, Brigitte? Y pasa que aunque ahora ustedes nos maten a todos nosotros ya nada podrá evitarse. Nuestros hombres —señaló la radio— acaban de informar hace pocos minutos que dentro de media hora como máximo se habrán apoderado de cierta insignificante estación meteorológica…, dentro de la cual, en subterráneos especiales y en instalaciones que sorprenderían al mundo, está el Silo Americano. Y una vez hayamos controlado todos los sistemas, seis docenas de proyectiles atómicos serán disparados.

—Usted está loco —graznó Minello—… ¡A ver si se cree que unos cuantos desgraciados pueden hacer esto! ¡Ni siquiera sabrán encontrar los interruptores de la luz!

—¿Por qué no le pregunta a Brigitte si ella opina igual que usted? —sonrió Popov.

—No —jadeó Brigitte—… Yo no opino igual que él, Anton. Los doce hombres con las maletas… Los doce hombres que subieron a los camiones de la Califruits… Eran especialistas, ¿verdad?

—En efecto. Gente preparada técnicamente para entender y manipular las instalaciones de disparo del Silo Americano, incluso desconectando los sistemas de seguridad, y, por supuesto, tras anular cualquier control remoto que pudiera bloquear el sistema desde la Casa Blanca, el Pentágono, o cualquier otro sitio. Así que, dentro de una hora como máximo, esos proyectiles serán disparados.

El rostro de Minello estaba ahora del color del yeso. Su mirada desorbitada permanecía fija en el sonriente rostro del atractivo Anton Popov.

—¿De dónde sacaron la información sobre el Silo Americano? —susurró Brigitte—. ¿Y los especialistas?

—Vamos, querida Brigitte, vamos —rió Popov—… ¡Eso no lo puede preguntar una espía de su categoría! ¿Nunca ha oído hablar de traidores que hacen cualquier cosa por dinero? Los especialistas los reclutamos todos en Europa… Es una operación que venimos preparando hace mucho tiempo, con gran minuciosidad. No hemos dejado nada al azar. Incluso, como usted habrá ya comprendido, el secuestro de la población de Golden Shores no ha sido algo… gratuito, sin fundamento. Pudimos haber secuestrado la población de una localidad de este mismo estado, para evitarnos complicaciones, pero eso nos pareció que podía ser… revelador, al menos en parte. De modo que secuestramos una población alejada de Indian Springs Valley. Y mientras quizá muy discretamente el FBI o quien sea están buscando por California pensando que cuatrocientas personas no son fáciles de transportar, esas personas están camino del Silo Americano.

—Pero… ¿para qué? —exclamó Frankie.

—Para utilizarlas como protección —murmuró Brigitte—… Harán bajar de los camiones a esas cuatrocientas personas, y los

«soldados» de la World Alliance y los especialistas se mezclarán entre ellas, armados, y entrarán en la supuesta estación meteorológica, la invadirán, la ocuparán… matando a quienes se opongan a su paso sin atreverse a disparar contra una masa humana donde hay mujeres y niños…

—Hijos de… —jadeó Frankie.

—¿Quién les vendió la información sobre el Silo Americano? —preguntó de nuevo Brigitte a Popov.

—¿Qué importa eso? Fue un hombre que se embolsó una gran cantidad de dinero, convencido de que, a fin de cuentas, sólo iban a morir unos cuantos millones de centro y suramericanos en ciudades importantes… Aunque supongo que ahora, desde el otro mundo, ya debe de saber que esos proyectiles no van a ser disparados contra Centro y Suramérica.

—¿Quiere decir… que lo mataron luego? —preguntó Frank.

—Naturalmente. Así que él ya sabe la verdad. Igual que la sabe la señorita Montfort… sin necesidad de estar muerta.

—Yo también la sé —gritó Minello—, y le voy a volar…

—No, no la sabes, Frankie —deslizó roncamente Brigitte—. Esos proyectiles no van a ser disparados hacia América del Centro y América del Sur, sino sobre los Estados Unidos. Cambiarán la trayectoria de los proyectiles, de modo que éstos subirán casi verticalmente, buscando el centro de Estados Unidos. Y desde allí, como una cascada de… de fuegos artificiales, caerán sobre todo el país. No irán a Centroamérica, ni a Suramérica: quieren aniquilar Estados Unidos.

—Excepto una pequeña zona al sur de Nevada —dijo amablemente Popov—: Las Vegas y cien millas alrededor. Dentro de una hora, Estados Unidos será un montón de escombros. Me parece, Brigitte, que su amigo está a punto de desmayarse.

Lo parecía, en efecto. Minello ya no podía estar más pálido y demudado. Pero de pronto, aspiró profundamente, y dijo:

—Y tú estás muerto.

Disparó, y la bala acertó a Anton Popov en el centro de la frente, reventándole la cabeza. El ruso salió disparado hacia atrás, lanzando un espeluznante surtidor de sangre y masa encefálica a todos lados.

En un instante, la situación dentro de la sala secreta de la World

Alliance se desquició, escapó al control de todos los presentes. El encargado hasta entonces de la radio quiso disparar contra Minello, pero Brigitte se le anticipó disparando su pistolita y metiéndole una bala en el cerebro por un ojo… El hercúleo Walter Weisser tuvo la idea adecuada para protegerse de los siguientes disparos empujando la mesa hacia Brigitte y Minello, volcándola, mientras todos se apartaban y se lanzaban hacia el suelo, buscando ya sus armas. Juan Enrique Gardel fue el primero en conseguirlo…, y recibió un balazo justo en el corazón cuando comenzaba a apuntar a Brigitte, que, saltando hacia atrás, se le adelantó, mientras Minello disparaba a través de la mesa contra Weisser, que lanzó un alarido y se puso en pie, con el rostro lleno de sangre…

—¡Afuera, Frankie, afuera! —gritó Brigitte.

Salieron los dos a la vez, lanzándose hacia la sala donde estaba el televisor, seguidos por varias balas que zumbaron peligrosamente cerca, y que les habrían alcanzado si no se hubieran tirado al suelo. Se revolvieron en éste, Brigitte encaró su pistola hacia la librería, vio aparecer a Requena, y disparó. Requena lanzó un alarido, giró, y desapareció de nuevo dentro del otro cuarto, sin dejar de gritar.

La luz se apagó de pronto dentro de aquel cuarto, y Brigitte lanzó una exclamación y se deslizó hacia detrás de un sillón, indicándole a Minello que hiciera lo mismo.

—¡Frankie, cuidado, no pierdas de vista esa puerta!

—¡Déjalos de mi cuenta! ¡Al que salga…! ¡Llama a tus Simones!

Brigitte se arrastró hacia donde había tirado su maletín, lo abrió, y sacó la radio.

—¿Simón?

—¡Dígame!

—Vayan entrando, pero en pequeños grupos y sin alarmar a nadie. A la derecha del escenario verán una puerta, y tras ella dos hombres que…

Brigitte dio rápidamente las indicaciones a Simón-Las Vegas, mientras Minello no perdía de vista el hueco de la librería… por el que nadie parecía tener intención de salir. Brigitte cerró la radio, y miró también hacia la librería.

Pasó un minuto. Dos. Tres… Brigitte y Minello cambiaron una mirada.

—¡Se han escapado por otra puerta! —exclamó Minello.

La divina espía movió negativamente la cabeza. No creía que hubiera otra puerta en aquella sala secreta. De pronto, se abrió la puerta del cuarto donde estaban ellos, y apareció Simón-Las Vegas acompañado de seis hombres que se distribuyeron rápidamente, todos apuntando sus armas hacia el hueco de la librería. Simón-Las Vegas fue a acuclillarse junto a Brigitte, que seguía mirando hacia la librería.

De pronto, se puso en pie, y se dirigió hacia allí, mientras Minello sentía que se le ponían los cabellos de punta.

—¡Pero qué haces…! —aulló, poniéndose en pie de un salto.

No pudo alcanzarla. Cuando él entró, Brigitte ya había entrado en la sala…, pero no había sonado ningún disparo. A la luz que llegaba del otro cuarto vieron hombres tendidos en el suelo por todas partes. Brigitte se inclinó sobre uno, lo arrastró más hacia la luz, y se quedó mirando sus desorbitados ojos. Era Tah Ni, el indio comanche. Estaba muerto, sin herida alguna. Por su boca aparecía una leve espuma de tono verdoso.

—Se han matado todos —tartamudeó Minello—… Al comprender que no tenían escapatoria se han matado…

—Calla. Calla, Frankie.

Minello calló. Simón-Las Vegas y los demás Simones, que también habían entrado, quedaron inmóviles. Pero sólo Brigitte oía aquel tictac suavísimo y continuado, como el de un reloj oculto…

—Ayúdeme a colocar la mesa al revés —dijo de pronto la espía.

La mesa fue colocada al revés, de modo que vieron su base por abajo. La base, de un par de metros de largo y uno de ancho, estaba hueca, y dentro pudieron ver el brillo de algo metálico…, y oyeron ahora perfectamente el tictac.

—Tráeme el maletín, Frankie.

Minello salió disparado, y regresó en un instante. Del maletín, Brigitte sacó su linterna-bolígrafo. El rayo de luz era muy delgado, pero permitió a todos ver con claridad el mecanismo de relojería y el gran bloque metálico adosado al mismo.

—Es una bomba de tiempo —murmuró Simón-Las Vegas.

—Vamos a desconectarla —dijo Brigitte—. Si retiramos…

—Nosotros no podremos hacerlo en menos de media hora —dijo Simón—. Todo el mecanismo es compacto.

—Bueno, pues invertiremos media hora. Lo que…

—¿No se ha dado cuenta? Esto va a explotar dentro de cuatro minutos. Vea el reloj. Es imposible evitar la explosión, no disponemos de tiempo.

—Lo intentaremos —dijo Brigitte—. Ustedes salgan todos de aquí, y hagan desalojar el casino inmediatamente. Yo me ocuparé de este artefacto.

—¡Pero qué dices! —gritó Minello—. ¡Nos vamos todos de aquí, y que explote, al demonio este casino!

—No sabemos cuál es la potencia de la explosión, Frankie. Podría afectar los dos casinos vecinos, y causar cientos de muertos.

—¡Pues que los desalojen también!

—No hay tiempo.

—¡Sí que hay tiempo! ¡Salgamos y avisemos a todo el mundo!

—¡Te digo que salgas de aquí, yo me encargo de…!

El puño derecho de Frank Minello impactó con la debida fuerza en la mandíbula de Brigitte, que emitió un gemido, puso los ojos en blanco, y se desplomó. Minello la alzó en brazos, y movió la barbilla hacia la salida.

—Ábranme paso hasta el coche, y vayan avisando a la gente que salga de este lugar, y de los alrededores… ¡Y al que me contradiga lo mato a patadas!

Ningún agente de la CIA, ningún Simón, tenía la menor intención de discutirle la jugada al señor Minello.

Este es el final

—Oh, Dios mío —exclamó Peggy, aterrada—... ¿Y qué más pasó, Frankie?

—No te lo digo si no me sirves más champán.

Peggy se apresuró a servirle. Como en tantas otras ocasiones, Minello y Peggy charlaban en el apartamento de Brigitte durante la ausencia de ésta, como buenos amigos que eran desde hacía ya tantos años. Frankie bebió otro sorbo de champán, con cara de felicidad.

—¿Qué más pasó? Bueno, pues metí a Brigitte en el coche, y nos largamos de allí disparados, naturalmente. Y tendrías que haber visto cómo desalojaba la gente el casino Las Arenas y los otros que estaban cerca. Oye, la gente es rápida, ¿eh? Disponíamos de cuatro minutos, pero en menos de dos no quedaba nadie en media milla a la redonda. De pasmo, créeme.

—Pero... ¿qué pasó? ¿Explotó?

—¡Zambomba si explotó! No quedó ni rastro de Las Arenas, y los dos casinos de los lados fueron bastante afectados. Pero todo fueron pérdidas materiales, nadie salió ni siquiera herido. Y como comprenderás, a mí me importa un pito que tres casinos se hagan polvo a cambio de la vida de Brigitte... ¡Esa chiflada! Hubiera quedado como aquellos tipos que prefirieron morir a ser capturados: convertidos en picadillo. Oye, ¿sabes qué es lo más gracioso de esto?

—Yo no le veo nada de gracioso, Frankie.

—Sí, mujer —sonrió Minello—... ¿Recuerdas que te he mencionado un enanito negro, un pigmeo?

—Claro. Ése que se llamaba Diko Namoo.

—¡Ése! Pues no encontramos de él ni los huesos... ¡Je, je, era tan diminuto que quedó convertido no en picadillo, sino en humo! ¡Nada, ni los huesos! ¡No se puede ser bajito! ¡Je, je!

—¡No sé cómo puedes reír!

—¿Acaso tengo motivos para echarme a llorar? Escucha, si no hubiera sido por Brigitte, seguramente Nueva York sería sólo un montón de ruinas. Y prácticamente todos los Estados Unidos…

—O sea, que no dispararon los proyectiles atómicos…

—¡Pero… ¿tú eres tonta?! —aulló Minello—. ¡Claro que no los dispararon, boba! ¿No te estoy diciendo que Brigitte lo había previsto y planeado todo? Simplemente, Simón-Comando y su grupo atacaron a los conductores de los camiones, los detuvieron ya cerca del Silo Americano, y los llenaron de gas narcótico. Cuando los abrieron, todos dormían como angelitos, y ¡hala, unos para Golden Shores, y otros a no sé qué calabozos! Y aquí no ha pasado nada. Bueno, el que me dio pena luego fue el señor Top Secret.

—¿Por qué?

—Porque cuando ya todo hubo terminado, Brigitte le dijo: ¿lo ve, cabrito? ¡Ya puede ir a decirle al señor Presidente lo que le puede ocurrir a cualquiera que siga teniendo armas atómicas!

—¿Brigitte le dijo «cabrito» a ese señor?

—Bueno, ella no empleó esa palabra, pero fue peor, porque cuando Brigitte se pone antipática… El hombre estaba que se moría. ¡Y la cara que puso cuando Brigitte le dijo que le dijera de su parte al Presidente lo que pensaba de él!

—¿Qué le dijo Brigitte? —Abrió mucho los ojos Peggy.

—Eso no te lo digo. Te daría un ataque al corazón. ¡Me parece que ahí llegan!

En efecto, oyeron cerrarse la puerta del apartamento, y a los pocos segundos apareció Brigitte, que dirigió una torva mirada a Frankie, y se tocó la barbilla, donde todavía se veía el azulado hematoma del puñetazo. Junto a Brigitte apareció Número Uno, recién llegado a Nueva York, y su negra mirada también fue directa hacia Minello, que tragó saliva.

—Ay, Dios mío —gimió Peggy.

Número Uno se acercó lentamente a Minello, que se puso en pie maquinalmente, y se colocó en guardia de boxeo.

—¡Acérquese un paso más y le parto la cara, Uno! —aulló—. ¡A Brigitte le pegué flojo, pero a usted le parto la cara! ¡Le juro que le parto la cara!

—¡No jures, Frankie! —amonestó Brigitte.

—¡Tú cállate, cobarde! —La miró Frankie—. ¡No te atreves tú conmigo y has hecho venir a este tipo para que me zurre! ¡Eres rencorosa y malvada, pero como este tipo me ponga la mano encima…!

—Gracias, Frankie —dijo Número Uno, tendiendo la diestra.

—¿Eh? ¿Qué?

—Por el golpe a Brigitte. Yo habría hecho lo mismo.

—¡Ah! ¿De veras?

—Naturalmente.

—Je, je… Hombre, claro, porque usted es un tipo listo. ¿Verdad que hice bien? ¡Zambomba, qué torta le sacudí a la agente Baby! Cerré el puño, le miré la barbilla, y ¡catacrack!, torta en marcha… Cayó como un angelito. ¡Zambomba, qué torta, oigan…!

La primera en echarse a reír fue la señorita Montfort.

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Delicias chinas*. < <

[2] Véase la aventura titulada *Brigitte* for President!!! < <

[3] Clarence Hadaway, inspector especial del FBI, es un antiguo y gran amigo de Brigitte, que ha aparecido en varias de sus aventuras. <<

[4] Véase la aventura titulada *Espionaje exquisito*. < <